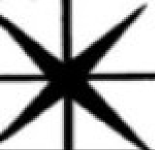


ESPACIO — EL MUNDO FUTURO

LOUIS G. MILK

el hombre sin barreras

El hombre sin barreras

Louis G. Milk

Espacio el Mundo Futuro/421

CAPÍTULO PRIMERO

El hombre dio media vuelta a un grifo y el agua cesó de caer en el acto. Presionó un botón y, al instante, cientos de finísimos chorros de aire caliente brotaron de sendos orificios, envolviendo su cuerpo húmedo y secándolo en pocos momentos.

Tarareando una alegre cancioncilla, Hal Rockent salió de la pileta, metió los pies en unas afelpadas zapatillas y se dirigió a su habitación.

Vistióse rápidamente una elegante combinación de pantalones grises, casi blancos, con perneras en bandas de rombos dorados y verdes, y una blusa ajustada de color azul intenso, adornada de flores de líneas geométricas en el pecho y la espalda. Era el último grito de la moda terrestre de principios del siglo XXII.

Hal Rockent tenía motivos para sentirse satisfecho. Había permanecido tres años fuera del planeta; dos y medio en una estación avanzada científica del sistema solar, y seis meses en un campo de aclimatación marciano. Tal era la regla antes de emprender el regreso a la Tierra.

Ahora disfrutaría de un año entero de vacaciones, con sueldos y primas completos. Un mes antes de finalizarse el permiso, celebraría una entrevista con un alto personaje de la E.C.C.A. (Entidad Coordinadora Central de Astronáutica) y entonces se estudiaría su nuevo destino. Tal vez volviese, por tres años más, a un sillón burocrático de la delegación marciana de la E.C.C.A.

Sobre todo, si se casaba con la hermosa Pat Korkin, como esperaba, en cuyo caso..., ¡al diablo con las estaciones avanzadas! ¡Se las regalaba a los astronautas novatos! ¡Él era ya un veterano, con dos estancias de tres años cada una fuera de la Tierra!

Rockent terminó de arreglarse. Daría el golpe, seguro, se dijo, Pat le diría que sí y a la semana siguiente se presentarían ante la máquina de casamientos, que registraría automáticamente su enlace.

O tal vez fuese una boda tradicional, con traje blanco para la novia, flores, una capilla, un sacerdote... Bien, a Rockent le daba igual. ¡Con tal de que Patricia dijera que sí!

Se contempló al espejo, satisfecho de su aspecto. Luego tomó de una mesilla su cinturón con los objetos personales: documentación, dinero, cigarrillos... Cerró la hebilla de esmaltes rojos y dorados con una simple presión y se dispuso a salir.

En aquel mismo instante, Rockent percibió dentro de la habitación un extraño zumbido.

Se volvió, el ceño fruncido en un inequívoco gesto de extrañeza.

El zumbido se acentuó. Una sorda exclamación se escapó de los labios del astronauta.

—¿Qué diablos...?

Súbitamente, un vivísimo fogonazo estalló en la cámara, silenciosamente casi, apenas sin más ruidos que el de un chasquido de dedos. La luz desapareció en una fracción de segundo, dejando a Rockent completamente deslumbrado.

El astronauta parpadeó varias veces, hasta que sus retinas volvieron a la normalidad. Entonces divisó algo que le llenó de terror.

—¿Tú? —exclamó, retrocediendo un par de pasos de manera maquinal.

El hombre que había frente a él le miró con expresión llena de severidad.

—Sí, yo mismo.

—Pe... pero no pu... puede ser... Tú..., tú, allí en...

Rockent se sentía invadido por un pánico espantoso.

—No puedes estar aquí y allí a... a la vez... —tartamudeó.

Una desdeñosa sonrisa asomó a los labios del desconocido.

—¿Qué sabes tú de eso? —contestó.

Rockent sentía un vivísimo terror. Los dientes le castañeteaban.

—Escucha, te juro que yo...

El desconocido avanzó hacia él.

—No tienes que darme ninguna disculpa —dijo—. Ninguno de

los dos las necesitamos.

Adelantó su mano derecha y rozó la pechera de la blusa de Rockent. El astronauta lanzó un grito convulsivo.

En pie todavía, se retorció epilépticamente unas cuantas veces. Luego cayó al suelo y se quedó inmóvil.

Estaba muerto.

De nuevo se reprodujo el chispazo. Cuando el resplandor se hubo disipado, sólo quedaba en la habitación el cadáver de Hal Rockent.

* * *

Una lámpara de color rojo se encendió y apagó repetidas veces, mientras se oía un suave «ding—dong» que brotaba de un invisible altavoz.

La habitación era enorme, de forma alargada y techos muy altos. Uno de sus muros estaba ocupado por lo que parecía un cerebro electrónico de colosales dimensiones.

Había dos o tres hombres, con monos blancos, vigilando las actividades de la máquina. Al oír el tañido de la campana, uno de ellos se acercó a las inmediaciones del lugar donde destellaba la luz roja.

Presionó un botón. Los destellos cesaron, pero la luz roja continuó encendida.

Se oyó un chasquido. Una tarjeta salió por una ranura y el hombre la recogió.

Leyó su contenido rápidamente. Luego caminó hacia un lugar donde había un visófono.

El aparato carecía de teclas y números para marcar la comunicación. La voz era suficiente para establecer la comunicación visofónica.

El operario presionó el botón de contacto.

Luego dijo:

—Central Coordinadora de Orden.

Esperó unos instantes. A poco, una graciosa cara de una telefonista apareció en la pantalla.

—Contacto con la C.C.O. Emita su informe, por favor.

—Ésta es la Sección Estadística Ciudadana número Siete —dijo

el operario—. Los registros indican la muerte súbita de una persona.

La telefonista apretó un botón.

—Datos, por favor —rogó—. Estoy dispuesta para registrarlos.

—Nombre del fallecido: Hal Rockent. Edad: 53 años. Profesión: Astronauta de cuatro barras. Especialidad: Geología y medicina espacial. Soltero, sin familiares próximos. Residencia; Explanación 120, número 3.455, nivel 74, habitación 7—74,

—He tomado los datos —manifestó la telefonista—. ¿Motivos de su llamada?

El operario consultó la tarjeta.

—El estado de salud de Hal Rockent era excelente. No había motivos para una muerte repentina, según los últimos informes médicos. Solicito una investigación adecuada, a fin de completar el historial en su tarjeta.

—Pasaré su demanda al Subcoordinador. Eso es todo, muchas gracias.

—A usted, señorita.

La pantalla se apagó. El operario de control desconectó el visófono.

Una vez más, volvió a consultar la tarjeta de Rockent,

—¡Qué raro! —murmuró—. Estaba más sano que una pera... ¿Lo habrán asesinado?

Y luego se encogió de hombros. ¡Ocurrían tantas cosas parecidas a lo largo de su jornada de trabajo! En una megápolis de más de veinte millones de habitantes como aquélla, las muertes repentinas, violentas muchísimas de ellas, no eran nada extraño.

El caso sólo tenía de extraño que se trataba de un astronauta calificado y a la E.C.C.A., se dijo el operario, le interesaría conocer las causas de la muerte de Rockent.

Un momento después, vio oscilar otra luz roja y se desentendió por completo de aquel asunto.

* * *

El Subcoordinador de Orden, Matías Jarama, consultó el caso con su ayudante, Peter O'Peck.

—¿A quién podríamos destacar? —inquirió Jarama.

—Se trata de un astronauta —dijo.

—Sí, y, si no solucionamos pronto el asunto, la E.C.CA. nos calentará algo más que las orejas. ¿Tienes ahí, a mano, el informe

médico?

—Sí, señor.

Jarama tomó un papel y lo leyó rápidamente.

—Muerte por paralización cardíaca, debida a causas inidentificadas —repitió las palabras del forense—. ¡Pues sí que nos aclara cosas el matasanos éste!

O’Peck miró a su jefe asombrado. ¡Vaya una manera de expresarse! Ya no se hablaba así, en pleno siglo XXII, con tanta ordinariez..., pero al Subcoordinador le tenían sin cuidado las opiniones de los demás.

—Está bien —decidió Jarama al cabo—, creo que tengo a nuestro hombre.

—¿Quién es, señor?

—Tel Kyffer, detective de tres estrellas…, es decir, si se ha ganado hoy la tercera.

O'Peck asintió.

Una estrella significaba que el detective podía actuar en la ciudad; dos, en todo el planeta y tres que poseía los suficientes conocimientos de astronáutica para investigar en cualquier planeta o cuerpo celeste del sistema solar.

—Para ser tan joven, se ha ganado la tercera estrella con demasiada rapidez —dijo, con acento no exento de envidia. O’Peck rondaba ya los cincuenta años y no podría conseguir la tercera estrella.

—El mundo es de los jóvenes —filosofó Jarama, cuya edad era la misma de su ayudante, aproximadamente—. Bien, póngase en contacto con Kyffer y hágale venir a mi despacho en cuanto pueda.

—Sí, señor; lo haré inmediatamente.

CAPÍTULO II

El coro atacó los majestuosos compases de La Marcha de los Astronautas. Con sus diplomas en las manos, ciento setenta alumnos recién graduados hablaron musicalmente de planetas, estrellas y galaxias y de su ansia por dominarlos y conocerlos.

A Tel Kyffer le parecía un poco ridículo todo esto. Su edad era algo superior a la del promedio; claro que él no se había graduado

de astronauta por seguir la profesión, sino como complemento de su profesión de detective.

Kyffer era un tipo previsor y miraba muy pocas veces hacia atrás. No eran muchos los detectives de tres estrellas y Kyffer presentía que, en un futuro no demasiado lejano, debería hacer lo necesario para ganarse la cuarta estrella..., cuando los terrestres salieran, al fin, de los ya angostos límites de su sistema solar.

Pronto se iniciaría la primera expedición a la estrella más cercana. Kyffer se imaginaba la rutina, tan semejante, en muchos aspectos, a la de las primeras expediciones a los planetas. Entonces, cuando los viajes interestelares fuesen una cosa común y corriente —y todo parecía indicarlo sería dentro de, relativamente, poco tiempo—, él estaría preparado para agregar la cuarta estrella a su terceto.

Aguantándose las ganas de reír, cantó a pleno pulmón el conocido estribillo de la canción:

... y cuando de nuestro viejo, amado
y detestado mundo nos hastiamos,
volvemos, con paso cadencioso,
al negro espacio silencioso.

Hubo una explosión final de vítores, alguien gritó: «¡Felicidades a todos!», se lanzaron las birretas a lo alto y la formación se deshizo.

Kyffer se puso de nuevo la birreta y se ajustó la toga azul, mientras procuraba no arrugar el diploma. En torno a él se oían numerosas conversaciones entre los recién graduados astronautas:

—Tengo ya una oferta de Spaceland...

—En cuanto a mí, prefiero completar mi título con un curso sobre mecánica cibernética...

—Ahora haré dos años de biología. Me apasiona, francamente...

Un hombre de mediana edad se acercó a Kyffer. Era Haunnox, profesor de astronomía,

Haunnox le estrechó la mano.

—Felicidades, detective —le saludó.

—Muy agradecido, profesor —contestó Kyffer sonriendo.

—Por fin han terminado sus penalidades, ¿no?

—Bueno, las máquinas hipnopédicas me resultaron de gran ayuda.

—Sí, pero de nada le hubieran servido si los «tests» previos no hubieran indicado su receptividad abierta.

—Entonces habría tenido que estudiar según los métodos antiguos: con un libro delante y los codos clavados sobre la mesa —rio Kyffer.

—Pues no crea, salvo el tiempo, es un método tan bueno como el de la hipnopedia… y quizá más positivo, porque uno tiene ocasión de criticarse a sí mismo y establecer individualmente las tres fases clásicas: tesis, antítesis y síntesis. Pero dejemos esto, Kyffer —dijo Haunnox—. ¿Sería indiscreto preguntarle por mi parte cuáles son sus proyectos para el futuro?

—Bueno, en cierto modo, no dependen de mí, sino del Centro Coordinador de Orden. Ahora deberé dar cuenta de mi graduación y…

Un hombre, con el uniforme gris acero de las fuerzas de orden y galones de sargento en la manga izquierda se acercó a la pareja y saludó correctamente.

—¿Detective de tres estrellas, Kyffer? —inquirió.

—Sí, el mismo, sargento —contestó Kyffer—. ¿Puedo servirle en algo?

—Señor, le saludo en nombre del Subcoordinador Jarama. Soy el sargento Layters y tengo dispuesto un aeromóvil para llevarle a su despacho con toda urgencia.

Kyffer se volvió hacia Haunnox.

—Bien, profesor —dijo, sonriendo—, parece que la noticia de mis habilidades ha llegado antes que yo mismo a conocimiento de mis superiores. De nuevo gracias por todo y…, en fin, dispénseme por esta marcha tan precipitada,

—No se preocupe, Kyffer —contestó Haunnox—. Le deseo toda clase de éxitos en su profesión. Comuniqúese conmigo de cuando en cuando.

—Claro, profesor. Sargento, cuando quiera.

Los dos hombres se alejaron rápidamente. Por el camino, Kyffer se despojó de la birreta y de la toga, guardando ambas prendas bajo

el brazo.

Su figura quedó al descubierto. Era un hombre joven, fornido, de unos treinta y dos años, tal vez no demasiado alto para el módulo actual —medía un metro setenta y ocho—, pero bien proporcionado. La moda de los cabellos largos había vuelto una vez más, pero a Kyffer le gustaba llevarlos cortos, casi al rape.

Tenía las pupilas de color castaño claro, casi ambarinas, y el pelo rubio, pero no demasiado. Su rostro poseía la suficiente fealdad varonil para parecer guapo a las mujeres..., entre las cuales habría obtenido considerables éxitos si se hubiese dedicado con menos exclusividad a su profesión policial.

Momentos después, se instalaba en el asiento delantero, junto al sargento Layters.

—¿Ocurre algo grave, sargento? —preguntó Kyffer, mientras su acompañante manipulaba en los mecanismos de mando del aparato.

—Creo que sí, señor —respondió Layters—. Ha muerto un tal Rockent, astronauta de profesión, pero, de momento, las causas de su muerte permanecen en el misterio.

* * *

El Subcoordinador Matías Jarama dijo:

—Los forenses se sienten incapaces de decir otra cosa que la muerte de Rockent se debe a una súbita paralización de su víscera cardíaca, pero no aclaran las causas.

—Sí —contestó Kyffer.

—Bien, nosotros recelamos que ese paro cardíaco puede no ser debido a causas naturales —continuó Jarama—. Por lo tanto, es preciso realizar una investigación.

—Sí, señor.

—He examinado su historial, Kyffer. De haberse producido la muerte en alguno de los planetas o estaciones avanzadas científicas, habría nombrado a alguno de los delegados que tenemos por allá. Pero el hecho se ha producido aquí, en la Tierra y en nuestra ciudad. Por eso estimo que le compete a usted la investigación, máxime cuando acaba de obtener su tercera estrella.

—Haré todo lo que pueda, señor —manifestó Kyffer.

—La E.C.C.A. nos despellejará vivos si no hacemos algo

positivo… y prontamente —declaró Jarama—. El caso queda en sus manos, Kyffer.

—¿Con entera libertad de acción?

—Por supuesto. La libertad de acción se entiende dentro de las reglas de la Coordinación de Orden y de las leyes del planeta.

—Lo daba por descontado, señor. Gracias por la confianza que ha depositado en mí.

Jarama sonrió.

—Sería vanidoso por mi parte decir que conozco a mis hombres, pero es así. —Alargó su mano—, Suerte, Kyffer.

—Voy a necesitarla, señor —sonrió el joven.

—Mi ayudante O'Peck le facilitará una carpeta con todos los datos del hecho. Empiece cuanto antes… y actúe rápidamente.

—Sí, señor.

O’Peck entregó una pequeña carpeta, de tamaño no mayor que el de una octavilla, que Kyffer guardó en uno de los bolsillos de su uniforme.

—Un caso muy enrevesado, T. E. —dijo, llamándole por la abreviatura de su nuevo cargo, «Tres Estrellas».

—Eso he oído comentar —respondió el joven—. Bien, veremos qué puede hacerse.

—Si me permite, le daré un consejo, T. E. Kyffer.

—Se lo aceptaré de muy buena gana, señor.

—Entrevístese con el forense que reconoció el cuerpo de Rockent. Es el doctor Won.

—Le veré en cuanto pueda —contestó el joven.

* * *

El resto del día, Kyffer lo pasó en su apartamiento, estudiando con todo detenimiento los informes contenidos en la carpeta.

Tomó algunas notas. Una de ellas se refería a la prometida de Rockent, Pat Korkin. Sería interesante conversar con ella.

En la carpeta se detallaba también el domicilio del doctor E. Won. Kyffer hizo una llamada, con el fin de concertar una cita para el día siguiente, pero el aparato mecánico de respuestas le dijo que el doctor estaba realizando unos trabajos de investigación bacteriológica y que no quedaría libre sino hasta las diez de la

mañana del día siguiente,

A la hora citada, Kyffer llamaba a la puerta del domicilio del doctor Won,

Poco después, se abría la puerta. Una hermosa joven apareció ante sus ojos.

Era de elevada estatura, casi tanto como el propio Kyffer, de cabello intensamente negro y ojos verdosos. Su tez era muy blanca y una levísima oblicuidad en los ojos, así como una apenas insinuada prominencia de los pómulos, indicaban en ella indudables rasgos de ascendencia oriental.

La joven vestía una especie de casaca negra, sin mangas, abotonada hasta el cuello, el borde de cuya falda terminaba a veinte centímetros de unas rodillas perfectas. El vestido se ajustaba estrechamente a las firmes curvas de una figura sin tacha.

—¿Doctor Won? —preguntó Kyffer, tras su rápido examen de la hermosa mujer que tenía ante sí—. Anuncíele al detective Kyffer, por favor.

Ella contestó:

—El doctor Won soy yo, detective Kyffer. ¿En qué puedo serle útil?

Kyffer se quedó parado un instante,

—No me indicaron que el doctor Won podía ser una mujer —manifestó—. Claro es que no tengo prejuicios contra su sexo en ninguna profesión, pero…

—Se le antoja algo raro que me dedique a la medicina legal, ¿no es así? —sonrió Edith Won.

—Un poco, la verdad —confesó Kyffer, sonriendo también.

—Muy bien —dijo la joven—. Me imagino que viene a visitarme por asuntos profesionales. ¿Tiene la bondad de pasar?

—Muy amable, doctora. ¿O le gusta que le llamen doctor?

Edith cerró la puerta.

—Algunos altos de cargos de la policía tienen una acentuada propensión a gastar bromas —observó.

—Si se refiere usted al ayudante del Subcoordinador Jarama, dice la verdad —admitió Kyffer—. ¿Me permite le exponga el motivo de mi visita?

—Sí, pero sentado. ¿Le apetece tomar alguna cosa?

—Gracias, me conformaré con uno de mis cigarrillos. Todavía

soy de los que conservan costumbres detestables.

—Sobre todo, teniendo en cuenta las facilidades actuales para el trasplante de pulmones ahumados por el tabaco —dijo Edith plácidamente—. Bien, soy toda oídos, detective Kyffer.

El cigarrillo que Kyffer se llevó a los labios era de encendido automático. Tras expulsar la primera bocanada de humo, dijo:

—Tengo entendido que usted ha realizado la autopsia al cuerpo de un astronauta muerto.

—En efecto, así es —reconoció Edith.

—Mi jefe me ha indicado que su informe señala como causas de la muerte la paralización de la víscera cardíaca. No obstante, se supone que ese paro ha sido provocado por causas naturales. ¿Cuál es su opinión, doctora?

Ella le dirigió una profunda mirada.

—Aparentemente, el corazón se hallaba en buen estado, pero…

—Pero ¿qué? —repitió Kyffer, ante la vacilación de la joven doctora.

—No había motivos para una detención súbita, que es lo que le originó el fallecimiento. Y lo más extraño de todo es que el organismo aparece en condiciones completamente normales.

—¿Efectuó usted la autopsia?

—Por supuesto.

—Es raro. Tengo entendido que Rockent gozaba de una salud perfecta.

—Así he podido deducir del examen de su historial clínico. Tuve que examinarlo antes de iniciar la autopsia.

—Una lesión cardíaca habría sido observada «a posteriori», ¿no es cierto?

—Indudablemente —aseguró Edith—. Pero allí, repito, no había la menor señal de anormalidad. Y eso es lo que más me preocupa, detective.

Kyffer suspiró, a la vez que aplastaba un cigarrillo contra el cuerpo de un cenicero.

—También a nosotros, doctora —concordó—. Bien, ¿no tiene nada más que decirme al respecto?

—Creo que no —contestó ella.

—Lo siento. Discúlpeme las molestias que le he originado, doctora.

Edith sonrió ligeramente.

—No hay por qué. Yo también pertenezco a la Coordinación de Orden.

—Sí, pero… —Kyffer emitió una sonrisilla de circunstancias—, bien, sigo encontrando extraño que se haya dedicado usted a esta rama de la medicina.

—Lo hago para adquirir experiencia —aclaró Edith.

—Ya, ya —murmuró el joven—. Bien, doctora, gracias de nuevo por todo.

Se dirigió hacia la puerta. Desde allí se volvió y la miró.

—¿Doctora Won?

—Dígame, detective Kyffer.

—Si descubriera algo nuevo, tenga la bondad de comunicármelo. Me han encargado oficialmente del caso.

—Puede estar seguro de ello, detective —afirmó Edith.

Kyffer salió y cerró. Ante la puerta del apartamiento, se detuvo un instante, sumamente pensativo.

Luego hizo un gesto con la cabeza.

—Presiento que va a resultar un asunto sumamente difícil —murmuró.

Y luego, con paso rápido, se dirigió hacia el ascensor.

Tenía que hacer una visita que estimaba de sumo interés. Tal vez la prometida del difunto Rockent pudiera darle algún valioso informe.

CAPÍTULO III

La prometida de Rockent, Pat Korkin, era una vistosa rubia de unos veinticinco años, de regular estatura y formas opulentas, que recibió a su visitante con los ojos llenos de lágrimas... y una sugestiva indumentaria que desentonaba por completo de su afligido aspecto.

Kyffer procuró olvidar este pequeño detalle, para concentrarse en su misión. Pat Korkin le hizo pasar a un saloncito íntimo y se sentó frente a él, con un impresionante despliegue de sus fascinantes extremidades inferiores.

Tras los primeros saludos, Kyffer entró en materia.

—Tengo entendido que era usted la prometida del astronauta Hal Rockent, señorita Korkin.

—Bueno, exactamente prometida... Yo esperaba que me pidiera casarme con él. Le habría dicho que sí, por supuesto...

—Ya. No importa, es un detalle hasta cierto punto secundario, señorita. Pero, si pensaba casarse con él, resulta indudable que debía de conocer muchos aspectos de su vida privada. No todos, claro está, aunque sí quizá alguno que pueda resultar interesante para nosotros.

—Depende —contestó la rubia—. Si me los indica...

—¿Sabe si tenía enemigos?

—¿Enemigos? —repitió Pat—. No, nunca me habló de enemigos.

—¿Le dijo alguna vez que estaba enfermo del corazón?

—¿Habría sido astronauta en tal caso?

—Una respuesta muy aguda, señorita Korkin —sonrió Kyffer—. Pero, a fin de cuentas, no estaban aún casados... y después del matrimonio se conocen detalles del otro cónyuge, que resultaban desconocidos en estado de soltería.

—¿Qué es lo que quiere decirme? —preguntó Pat.

—Simplemente, que tal vez tenía enemigos y usted lo ignoraba.

Pat reflexionó unos instantes.

—Pudiera ser —admitió al cabo—. Recuerdo que una vez estuvo en la Estación Siete de los anillos de Saturno y... Oh, pero no puede ser, detective Kyffer.

—¿Qué es lo que no puede ser, señorita? —preguntó el policía, vivamente interesado.

—El pobre Hal me habló de una discusión que tuvo allí con un tipo llamado Couzeau... francés, creo. Era un observador, no un astronauta.

—¿Le dijo algo sobre los motivos de la discusión?

—Oh, allí se aburrían muchísimo y jugaban para matar el tiempo. Parece que Couzeau era un tipo muy hábil con las cartas. Mi... Bueno, el pobre Hal le descubrió haciendo trampas y le propinó una paliza.

—¿Nada más? —preguntó Kyffer, ligeramente decepcionado.

—Bueno, como Hal le descubrió delante de todo el equipo... yo me digo si ese francés no le guardó resentimiento y...

—Quizá —dijo Kyffer ambiguamente. Aquello había ocurrido a

cientos de millones de kilómetros de la Tierra. No parecía comprensible que Couzeau hubiera esperado a regresar al planeta para consumar su venganza—. ¿Hace mucho que ocurrió, señorita Korkin?

—Lo menos dos años y medio, detective.

Kyffer meneó la cabeza.

—Demasiado tiempo —observó—. En fin, es una posibilidad y la tendremos en cuenta. ¿Recuerda algún detalle más que pueda ayudarnos en nuestras pesquisas?

—Lo siento, detective; ya le he dicho cuanto sé.

Kyffer se puso en pie.

—Mil gracias, señorita Korkin —dijo—. Le repito mis condolencias... y piense en que todavía es joven y muy hermosa.

—Ay, ¿de veras lo cree usted? —contestó la rubia, haciendo dengues y mimos—. La muerte del pobre Hal me ha dejado tan aplanada...

Observando su exuberante anatomía, Kyffer se dijo que la frase no era sino una metáfora. Pat tenía de todo menos de plana.

Cuando salió de allí, y mientras su aeromóvil le conducía automáticamente a su oficina en la Central de Coordinación, Kyffer puso en marcha la diminuta grabadora que había empleado en sus dos visitas. Escuchó atentamente los diálogos y llegó a la conclusión de que poco más podía sacarse de cuanto había escuchado.

En cuanto al francés, era una posibilidad tan remota como la Estación número Siete. Pero no podía descuidarla, tampoco.

Una vez en su oficina, dictó un resumen de sus indagaciones de aquella mañana, con la opinión personal que le merecían, sacó la cinta y envió el carrete por un tubo al despacho del Subcoordinador. Hecho esto, presionó un botón y acercó los labios a un micrófono.

—Habla el detective de tres estrellas Tel Kyffer. Necesito cuanta información exista acerca de un tal René Couzeau, observador espacial. La información es urgente.

Kyffer cerró el contacto y esperó.

Sabía lo que iba a ocurrir. Su voz impresionaría sucesivamente diferentes circuitos de comunicación, hasta llegar a uno de distribución que emitiría una velocísima consulta.

La consulta indicaría la Sección Estadística Ciudadana a la que

había pertenecido Couzeau. Resuelto este problema, su petición continuaría «viajando» a través de distintos circuitos y canales de comunicación hasta llegar a la gran máquina que contenía todos los datos referentes a los ciudadanos asignados a la sección señalada.

Ciertamente, la llamada no habría sido atendida de no haber sido efectuada desde donde se hallaba. Alguno de los circuitos intermedios habría detectado que no se efectuaba desde un centro oficial y habría suspendido en el acto toda operación.

Pero no había caso en el momento presente; y todas aquellas operaciones, Kyffer lo sabía muy bien, durarían escasamente un minuto.

Al fin, una pantalla lectora se iluminó delante de su vista, sobre la mesa.

—«Preparado para la recepción» —surgieron unas letras en la tira luminosa de la pantalla.

Kyffer pulsó el botón de «Copia para Repetición»; de este modo, podría volver a leer el informe cuando lo deseara sin más que poner la pantalla en funcionamiento. Apenas lo había hecho, llegó el mensaje.

—Couzeau, Rene, asignado a la S.E.C. n.° 43. Soltero, 39 años —seguirá impresión fotográfica—, observador espacial, títulos astrónomo, geólogo y médico…

El informe seguía con una detallada relación del historial de Couzeau y terminaba:

—Causó baja en el Cuerpo de Observadores Espaciales por motivos deshonrosos, el día 7 de abril de 2119. Domicilio…

Kyffer se preguntó si aquellos motivos se relacionarían con su afición a las trampas en el juego, que habían motivado la discusión con el difunto Rockent.

Era algo que no podía asegurar. Lo que sí se daba cuenta era que Couzeau había sido expulsado no hacía más de cuatro meses.

Se anotó el domicilio. Empezaba a considerar interesante una visita al tahúr del espacio, como lo denominó para sus adentros.

Pero antes quería examinar otra cosa: el domicilio de Rockent. Una ojeada a sus habitaciones podía decir mucho a un buen policía como lo era él.

Cuestión de psicología, simplemente.

Se levantó de su mesa y salió del despacho.

La cafetería de la Central de Coordinación estaba situada diez pisos más abajo. Kyffer tenía hambre y decidió tomar un bocadillo.

En el mostrador, encargó uno de carne picada y una cerveza. Apenas había empezado a comer, se le acercó un oficial de policía.

—Felicidades, Tel —dijo—. Ya sé que has conseguido tu tercera estrella.

Kyffer sonrió.

—Un poco de suerte, Denis —contestó—. ¿Quieres tomar algo?

—Una taza de café, gracias —aceptó Denis Gay, detective de dos estrellas—. A mí me suspendieron en uno de los exámenes periciales y ello me hizo desinflarme de seguir adelante.

—Tú siempre fuiste un poco pesimista —dijo Kyffer—. ¿Qué haces ahora?

—Estoy en la Brigada de Orden Interior. Ya sabes: borrachos, alborotadores, damas de fácil virtud… Rutina pura, chico.

—Sí, claro… —De súbito, Kyffer recordó un detalle—. Oye, quizá tú sepas algo de cierto individuo que me interesa.

—¿Cómo se llama?

—Couzeau, Rene Couzeau. Era observador espacial, con nada menos que tres títulos, pero fue expulsado del cuerpo por motivos deshonorables. Para tu conocimiento, te diré que alguien le sorprendió haciendo una vez trampas con las cartas y le dio una paliza.

Kyffer aguardó anhelante la respuesta. Su amigo se había concentrado en sí mismo, esforzándose en recordar, no había más que verle la cara.

De pronto, Gay chasqueó los dedos.

—Ya está, Tel —dijo—. Vete al «Albatros de Plata»; allí lo encontrarás a partir de las seis de la tarde.

—Eso es una taberna, ¿no?

—Sí, y de no muy buena fama, por cierto. Está situada en el barrio más antiguo de la ciudad, donde las calles tienen aún nombres en lugar de números. Es la calle Peeley… pero yo que tú, me pondría una plancha de corcho en la espalda; de otro modo, como te descuides, te clavan un puñal a las primeras de cambio.

Kyffer se echó a reír.

—¡Exagerado! —dijo—. De todas formas, gracias, Denis. ¿Otra taza de café?

Gay agitó una mano.

—Suficiente, Tel. Gracias a ti y repito la enhorabuena…

—Ah, una cosa —dijo el joven—. Denis, ¿conoces a la doctora Won? Es uno de los forenses nuestros.

Gay enarcó las cejas.

—¡Pillo! —dijo sonriendo maliciosamente—. Te gusta, ¿eh? Pues límpiate, porque está prometida.

—¡Oh! —dijo Kyffer decepcionado,

—Sí, su novio es un tal Benj Tblago, pero no me preguntes más, porque no sé más detalles. Lo averigüe por casualidad, ¿comprendes? Cuando se tiene una mujer y cuatro chiquillos como yo, las vidas ajenas de chicas guapas, a menos que tengan algo que ver con mi departamento, no me interesan.

Kyffer sonrió.

—Está bien, Denis; de todas maneras, me has ayudado bastante. Saluda a Lily de mi parte.

—Se lo diré. ¡Suerte, Tel!

Gay se alejó y el joven continuó comiendo.

Sí, se sentía extrañamente decepcionado. «Pero, en medio de todo, es lógico que una muchacha tan guapa como Edith Won vaya a casarse».

Aquellas reflexiones parecieron consolarle un tanto. Terminó el bocadillo, bebió los últimos restos de cerveza, firmó el vale para que el importe de la consumición le fuera descontado del sueldo y abandonó el local.

A las seis en punto de la tarde estaba en «El Albatros de Plata».

Prudentemente, había dejado el uniforme en casa. Aunque tenía pleno derecho a usarlo en la investigación que le había sido encomendada, juzgó mejor vestir ropas corrientes.

Entró en el local. Denis Gay no había exagerado en absoluto al mencionar la mala fama de aquella taberna.

La fauna humana era variadísima. Kyffer era hombre avezado a todo, pero le pareció mentira que pudieran subsistir todavía tantos y tan variados tipos ya en pleno siglo XXII.

Kyffer se creyó hallarse en el ambiente para la filmación de alguna película de época. Pero no había tal; todo era real y auténtico.

Buscó una mesa y se sentó. De pronto, todo su cuerpo se puso

rígido.

¿Qué hacía allí, en semejante antro, la doctora Won?

CAPÍTULO IV

Edith estaba sentada ante una mesa, en una posición lánguida e insinuante al mismo tiempo, con un humeante cigarrillo pendiente de unos labios densamente cargados de carmín. Su cabeza se reclinaba contra el muro que tenía a sus espaldas y contemplaba el espectáculo a través de unos párpados entrecerrados y asimismo espesamente «decorados» con afeites.

El vestido de la joven era de una audacia increíble. Por delante, consistía en una especie de corselete que formaba como una M mayúscula, que cubría estrictamente sus senos, con la hendidura central de la M llegándole al estómago. Los hombros y la espalda, ésta hasta la cintura, quedaban completamente al aire. El vestido no llevaba falda; estaba rematado por unos angostísimos pantalones, cuyas perneras terminaban a mitad de camino entre las caderas y las rodillas. El rojo casi morado del tejido, la blancura de su piel y el negro de sus cabellos formaban un conjunto de colores atractivo y perturbador al mismo tiempo.

Kyffer bajó un poco la cabeza. No quería que la joven advirtiera su presencia en la taberna. Le interesaba averiguar sus intenciones.

Una camarera de formas exuberantes se le acercó, con una sonrisa profesional en los labios.

—Hola, buen mozo —saludó—. Tú eres nuevo aquí, ¿no es cierto?

—Parece que sí —contestó Kyffer—. ¿Qué tienes de bueno para beber?

—Puedo ofrecerte un jugo de enredaderas marcianas. Es la especialidad de la casa.

—Bueno, Molly, tráete ese jugo de enredaderas marcianas.

—Me llamo Sissy —contestó la camarera. Y se alejó, con gran contoneo de sus opulentas caderas.

Un hombre entró en aquel momento. Era alto, delgado, de rostro huesudo, en el que destacaba un delgado y anticuado bigotito negro. Sus ojos eran pequeños, pero muy agudos y perspicaces.

Sin necesidad de que nadie se lo indicara, Kyffer supo que aquel tipo era Couzeau. Su mismo aire de seguridad en sí mismo y su fanfarronería le delataban fácilmente,

Couzeau cruzó el local, repartiendo sonrisas y chistes. Se detuvo delante de una mesa y puso la mano sobre el tablero. Habló con sus ocupantes y les desafió a una apuesta de veinticinco créditos.

Ganó. Kyffer no había podido darse cuenta de la clase de juego, pero estaba seguro de que Couzeau había hecho trampa.

La camarera Sissy llegó en aquel momento, con un vaso alto, mediado de un licor verdoso, adornado por unas hierbas de extraña conformación. Las hierbas sobresalían del vaso parcialmente y el resto quedaba en el interior del líquido.

Sissy dejó el vaso sobre la mesa. A continuación, introdujo una mano en su profundo escote y sacó una tira de cerillas. Kyffer la contemplaba con asombro, preguntándose qué iba a hacer.

Lo supo bien pronto cuando Sissy arrimó la llama del fósforo a las hierbas que salían fuera del vaso, las cuales se inflamaron con súbita llamarada, que cogió desprevenido al detective.

El pequeño incendio, sin embargo, duró apenas un par de segundos. La enredadera marciana poseía una combustibilidad extrema, hasta el punto de arder también la que se hallaba sumergida en el licor y de la cual, extrañamente, no quedó el menor rastro.

Sissy le miró sonriendo.

—Anda, prueba —invitó, a la vez que, apoyando ambas manos sobre la mesa, se inclinaba hacia él y le dirigía una sonrisa enteramente profesional,

Kyffer apartó la vista del sugestivo panorama que le ofrecía el generoso escote de Sissy y tomó un trago del contenido del vaso.

El sabor era delicioso, agridulce y ligeramente picante, con una pizca de un extraño perfume que parecía olerse en el interior del cerebro. Kyffer bebió un buen trago y chasqueó la lengua con aire complacido.

—Muy bueno —dijo—, pero inofensiv… ¡Hip!

De repente se quedó sin aliento. El estómago le pareció que le iba a explotar, aunque la sensación fue muy breve. Casi en el acto sintió que el calor del brebaje se le expandía por todo el cuerpo.

Sissy se echó a reír.

—Con que inofensivo, ¿eh? —dijo—. ¿Otra dosis?

Kyffer levantó una mano.

—Gracias. Me conformo con la primera hasta que... me aclimate.

La camarera se enderezó.

—Me llaman —dijo, guiñándole un ojo—. Si quieres algo más, avísame, buen mozo.

—Lo tendré en cuenta, Sissy.

Ella se alejó. Kyffer quedó solo y dirigió la vista hacia la mesa ocupada por la doctora Won.

Edith había abandonado su anterior postura, entre lánguida y provocativa, y ahora sostenía en la mano un vaso alto, cuyo contenido identificó el detective como análogo al suyo. De pronto, vio que se le acercaba el francés.

Couzeau se sentó frente a la mesa. Edith le dirigió una acogedora sonrisa.

Kyffer extrajo su pitillera, de la que sacó un cigarrillo, que se puso entre los labios. No obstante, dejó la pitillera sobre la mesa, pero apoyada de canto, con su eje longitudinal dirigido al centro de la mesa ocupada por la pareja.

La pitillera poseía un diminuto pero muy sensible micrófono, capaz de recoger los sonidos distintamente a cincuenta metros. Una emisora de tamaño poco menos que infinitesimal, emitía ondas que llegaban con toda claridad a un auricular que Kyffer tenía insertado en la oreja derecha.

Couzeau actuaba como un conquistador profesional. ¿Cuál sería la actitud de la doctora?

—Eres nueva aquí —aseguró el tahúr del espacio.

—Sí —contestó Edith con voz acariciante.

—No te había visto nunca hasta ahora. ¿Cómo te llamas?

Ella dio su nombre.

—Me gusta —elogió el hampón—. Yo me llamo René Couzeau.

—¿Francés?

—Sí, pero eso no importa mucho ahora, ¿no crees?

—Desde luego. ¿Es tuyo el local, René?

—No, de un amigo. Pero no hablemos de eso; hablemos de nosotros dos, Edith.

—Tú mandas, René —contestó ella con acento lleno de insinuaciones.

—¿Buscabas a alguien aquí?

—En cierto modo.

—Si me dices su nombre…

—Tal vez no le conozcas, René.

—Conozco a más gente de la que te imaginas, Edith. Vamos, dime cómo se llama el tipo.

—Seel, Harry Seel.

Couzeau frunció el ceño, como si se concentrara en sí mismo para recordar.

—No me suena —contestó al fin—. Dime cómo es, tal vez por la descripción, yo pueda…

—Tiene unos treinta y seis años, pelo castaño, con un mechón blanquecino en el centro de la frente, cejas picudas, ojos azules… y la barbilla hendida por una cicatriz de unos seis centímetros.

Couzeau sacudió la cabeza.

—Un tipo así no se me habría olvidado tan fácilmente. Lo siento, nena; aquí no ha venido nunca.

—Él me citó precisamente en «El Albatros de Oro».

—Pero ¡esto es «El Albatros de Plata»! —resopló el francés.

—¡Cielos! —exclamó Edith, con cara de consternación—. ¡Qué despiste el mío! Se habrá cansado de esperarme y se habrá ido ya.

—Dudo mucho que ese tal Seel te haya podido esperar en «El Albatros de Oro» —manifestó Couzeau.

—¿Por qué? —preguntó la joven.

—No existe en la ciudad ningún establecimiento con ese nombre.

—¡Vaya un tipo fresco! —exclamó Edith; y Kyffer pudo darse cuenta de que fingía perfectamente una indignación que estaba muy lejos de sentir—. Teníamos que hacer un negocio a medias…

—¿Qué clase de negocio, preciosa? —inquirió Couzeau con avidez—. Quizá yo pueda colaborar contigo.

Edith bajó la vista un instante.

—Bueno, no me gusta divulgar ciertos… secretos —murmuró simulando resistencia.

—Te aseguro que no encontrarás otro tipo más discreto que yo —dijo el francés—. Habla sin miedo, guapa.

—Sí, pero, ¿de qué me servirá decírtelo, si luego no conseguiría nada? Era un buen asunto, te lo aseguró; lo que pasa es que Harry

me tomó el pelo.

—Desde luego, es un tipo desconsiderado —sonrió Couzeau—. Yo no te dejaría nunca plantada, hermosa.

Edith sonrió insinuantemente.

—De eso estoy segura, René —contestó.

—Bien, ¿y el negocio? —insistió el francés.

—Si me prometes no decírselo a nadie...

—No sólo no lo diré a nadie, sino que, si lo veo interesante, supliré con muchísimo gusto a ese idiota de Seel.

—Suplir, ¿en qué sentido, René? —preguntó Edith maliciosamente.

Los ojos de Couzeau recorrieron su esbelta silueta con expresión devoradora.

—En todos —bisbiseó.

—Me conformaría con el aspecto.... mercantil —rio Edith suavemente.

—Bueno, de momento, me contentaré con el aspecto mercantil, Tal vez, más adelante... ¿Es bueno ese negocio?

—¡Fantástico! —aseguró Edith—. «Saturnyta», René.

El francés silbó.

—¡El mineral prohibido! —dijo.

—Precisamente por lo cual, un kilo de «saturnyta» se paga extraordinariamente bien,

—¿Y ese sujeto te iba a traer la «saturnyta»?

—Así me lo aseguró, René.

Couzeau meneó la cabeza.

—Lo siento, guapa —dijo—. No diré que yo sea un santo y que no pise de cuando en cuando el otro lado de la raya, pero de ahí a meterme en asuntos como el de la «saturnyta» va un abismo. ¿Comprendes lo que te quiero decir?

Edith emitió un profundo suspiro.

—Sí, claro; y encuentro que es una postura muy lógica. Gracias de todos modos, René.

—No me las des, Edith. En cambio, yo te daré un consejo: ¡olvida la «saturnyta», preciosa!

—¿Por qué? —preguntó Edith, simulando ingenuidad.

—Podría costarte veinte años de cárcel. Los jueces no bromean cuando se trata de la «saturnyta».

—Sí, pero las ganancias son fabulosas.

—Con todo su valor, yo no arriesgaría vender un gramo siquiera de ese mineral. Ni aunque me pagasen un millón de créditos, te lo aseguro.

—Son modos de entender las cosas. Bien, lo siento, René; tengo que irme, en vista de que ese granuja de Harry no piensa venir por aquí. ¡Creo que quiere quedarse el negocio para él solo!

—Así no compartirá contigo su celda carcelaria —rio Couzeau —. ¿Cuándo vuelves por aquí?

—Cualquier día de estos —contestó Edith, poniéndose en pie, Abrió el bolso para pagar, pero Couzeau, galantemente, se lo volvió a cerrar.

—El placer de haber visto a una mujer tan hermosa bien vale el premio de tu consumición —dijo.

—Eres muy amable, Rene —sonrió ella—. Me encanta haberte conocido.

—Digo lo mismo. Edith, cuando vayas a volver, avísame; de siete de la tarde en adelante, me tienes aquí a diario.

—Lo recordaré. ¡Adiós, René!

—Hasta la vista, preciosa.

Edith se encaminó hacia la puerta, con paso lánguido y un tanto contoneante. Kyffer se dio cuenta de que el francés se la comía con los ojos.

Pero apenas había cruzado ella el umbral, Kyffer se dio cuenta de que Couzeau hacía un gesto con la cabeza.

Dos tipos se le acercaron en el acto. Couzeau dio una orden.

—Alcanzadla y traédmela luego por la puerta de servicio.

—Está bien, René —contestó uno de los hampones.

Los dos eran tipos recios, de anchos hombros y grandes manazas. Kyffer pensó que su amigo Gay habría disfrutado muchísimo embarcándolos en el aeromóvil celular, con destino a alguno de los calabozos de la Coordinación de Orden.

Se puso en pie y depositó sobre la mesa una moneda de un décimo de crédito. Sissy se le acercó, con una expresión defraudada en su rostro.

—¿Te vas? —preguntó.

—Sí. Tengo sueño...

—Lástima —suspiró la opulenta camarera—. Yo termino aquí

demasiado tarde...

—Otro día vendré más descansado. ¿Tienes bastante? —preguntó, señalando la moneda.

—Hay para dos consumiciones más.

—Gracias. Quédate la vuelta, Sissy.

—Las gracias a ti, buen mozo.

Kyffer sonrió.

Ahora tenía prisa.

Sin embargo, tal vez resultaría útil cultivar la amistad de la camarera. Sissy podría acaso contarle muchas cosas interesantes de lo que ocurría en «El Albatros de Plata».

Porque, estaba seguro de ello, Couzeau no había rechazado el negocio de la «saturnyta», no por peligroso, sino, simplemente, por recelo.

CAPÍTULO V

Kyffer cruzó el umbral y salió a la calle.

Edith se había perdido de vista, Lo mismo que la pareja de rufianes enviados por Couzeau para secuestrarla. Sin embargo, la pitillera le sirvió para captar el rumor de los pasos de dos personas que caminaban con cierta prisa.

Giró a su derecha y corrió cuarenta o cincuenta metros, hasta alcanzar la próxima esquina. Entonces vio que la pareja de hampones estaban ya muy cerca de la joven doctora.

Ella se percató de la presencia de los sujetos y se volvió. Uno de los rufianes dijo:

—No tan de prisa, guapa.

Edith retrocedió un paso. Una mano buscó su brazo derecho.

Entonces sonó una voz:

—Me parece que la dama no tiene intención de seguirles.

Sonó una exclamación de sorpresa.

—¿Eh? —dijo uno de los hampones.

Y en el acto, un puño se abatió contra su mandíbula con terrible fuerza, derribándole fulminado.

El otro dio un paso atrás y sacó un arma que Kyffer identificó en seguida.

Era un emisor portátil de «láser». Dado el altísimo consumo de energía que suponía su utilización, el aparato no podía efectuar más que un par de descargas antes de agotar las baterías. Pero una sola de dichas descargas bastaba para matar a un buey.

El pie de Kyffer entró instantáneamente en acción. Kyffer saltó hacia adelante y, en el aire, ejecutó una rapidísima tijereta. Su pie derecho alcanzó el proyector de «láser», en el instante en que partía el rayo mortífero.

La descarga abrió un negro orificio en la pared más próxima, de un diámetro de pocos centímetros y a dos metros y medio de altura. Luego, el aparato cayó al suelo, mientras su dueño lanzaba un rugido de dolor.

Pero se rehízo en seguida. Era un tipo encajador y contraatacó sin pérdida de tiempo.

Bajando la cabeza, se lanzó hacia adelante. Kyffer saltó a un lado y esquivó la acometida. Al mismo tiempo, bajó la mano derecha.

El canto de la mano golpeó la nuca de su adversario. Se oyó un gruñido y el tipo cayó de bruces.

Kyffer inspiró profundamente. Luego miró en todas direcciones.

Edith Won había desaparecido.

El joven no se inmutó. Una leve sonrisa apareció en sus labios.

Sabía dónde encontrar a la doctora. E, incluso, cómo anticiparse a ella.

Antes de un minuto, ya se encontraba a bordo de su aeromóvil, que había dejado estacionado a corta distancia de la taberna. Conectó la onda silenciosa de libre paso e hizo que el aparato avanzase a toda velocidad.

En pocos momentos llegó a la azotea del edificio donde vivía Edith. Se apeó del aparato y descendió corriendo hasta el piso donde se hallaba situado el apartamiento de la joven.

Cuando se ponía en campaña, Kyffer no descuidaba nada que pudiera serle útil. Una ganzúa le sirvió para forzar la puerta del piso y colarse en el interior.

Un cuarto de hora después, Edith abrió la puerta.

La mano de la joven buscó el interruptor. Al disiparse las tinieblas, lanzó un perceptible suspiro de alivio.

Pero casi inmediatamente, se escapó de sus labios una

exclamación de asombro.

—¿Qué hace usted aquí?

Kyffer sonrió, a la vez que se levantaba del sillón donde había permanecido hasta aquel momento.

—Esperándola a usted, doctora —contestó.

Edith frunció el ceño. Lanzó el bolso a un lado y se dirigió hacia un aparador con servicio de licores.

—¿Por qué no prepara dos jugos de enredadera marciana? —sugirió el joven.

Edith no volvió la cabeza.

—Me agradaría mucho quedarme sola, detective —manifestó.

—Couzeau podría tener interés en intentar de nuevo su rapto. Está tremendamente intrigado por el hecho de que una joven tan hermosa ande metida en un asunto tan poco limpio como el de la «saturnyta».

—¿Cómo ha sabido usted…? —Edith se giró hacia él, vivamente sorprendida.

Kyffer sonrió.

—He escuchado toda la conversación, de pe a pa —declaró—. ¿Es cierto que buscaba a Harry Seel?

—No —contestó Edith.

—Su voz es insegura. Resulta desagradable decírselo a una chica guapa, pero está mintiendo. ¿Qué diría su prometido Benj Thlago si se enterase que la doctora Won anda enredada en negocios tan feos?

—Benj no tiene por qué saberlo. Además, está muy lejos de aquí…

—¿Dónde?

—En Marte.

—¿Qué hace allí?

—Estábamos hablando de mí. Deje a Benj en paz, detective.

Edith tenía su vaso en la mano, pero aún no había probado su contenido. Kyffer la contempló fijamente durante algunos segundos.

—Una vestimenta muy audaz, aunque apropiada para «El Albatros de Plata» —comentó.

El pecho de la joven palpitó visiblemente.

—No he cometido ningún delito —manifestó.

—Pero está en camino.

Edith se encogió de hombros.

—No podría probarlo, en todo caso —respondió.

—¿Se da cuenta de que es un funcionario policial? La pena se agravaría, doctora.

—Deje eso de mi cuenta, detective. Cuando me atrape con unos gramos de «saturnyta» en las manos, entonces hablaremos de sanciones.

—No hablaremos; le hablará el juez. Y Couzeau no mentía cuando le pronosticó veinte años de cárcel.

—En todo caso, correré el riesgo.

—Como quiera, doctora.

Kyffer se dirigió hacia la puerta.

—Pero antes de irme de aquí, habrá de permitirme que le diga una cosa.

Edith hizo un gesto de indiferencia.

—Si se trata de un consejo pierde, el tiempo —contestó.

—Usted perderá más, si no lo acepta. Olvide su papel de detective aficionado. No basta con tener un hermoso cuerpo y una cara bonita para conseguir… usted sabe el qué, doctora.

Una sonrisa de desprecio apareció en los labios de la joven.

—¿Nada más, detective?

—Por hoy, nada más. Buenas noches, doctora.

Ella le volvió la espalda, con un claro gesto de desdén. Kyffer soltó una risita.

—Suele decirse que las damas no tienen espalda… ¡pero la suya es preciosa! ¡Buenas noches, doctora!

Edith giró en redondo, con ojos chispeantes de cólera y el rostro sofocado.

—¡Grosero! —le apostrofó.

Kyffer continuaba riendo.

—Cierre con doble vuelta de llave cuando me haya ido —recomendó.

Pero la sonrisa se heló en sus labios, apenas había cruzado el umbral.

—¿Por qué tenía Edith tanto interés en la «saturnyta»?

Si se tratase de un mero interés científico, ella podía conseguir muestras en algún laboratorio del gobierno. Pero no parecía lógico que fuese a comprar algo prohibido en una vulgar taberna.

¿Tenía la muerte de Rockent alguna relación con e] contrabando de «saturnyta»?

Sería interesante dirigir las pesquisas por este lado, se dijo.

A la mañana siguiente, en su oficina, se pasó un par de horas estudiando a fondo todo lo relacionado con el famoso mineral prohibido.

Como su nombre indicaba, había sido encontrado en Saturno, más exactamente, en los anillos. La «saturnyta» no admitía aleación alguna ni tampoco mezcla, de modo que se encontraba en estado absolutamente puro... cuando se encontraba.

Su densidad era elevadísima, más que la de ningún otro mineral conocido hasta entonces. Considerando como 1 la densidad del agua, la de la «saturnyta» era de 77, lo que significaba que un decímetro cúbico de dicho mineral pesaba setenta y siete kilos.

Poseía numerosas y extrañas cualidades. Una de ellas consistía en que, bajo el influjo de una corriente eléctrica de alto voltaje, su densidad sufría una radical modificación, sin mengua alguna de sus otras propiedades. Entonces, la «saturnyta» se volvía enormemente ligera, hasta el punto de ser menos densa que el corcho.

Un metal prácticamente infusible, de una dureza semejante al diamante y que, tras unas descargas eléctricas se volvía de una ligereza extrema, tenía que interesar forzosamente, como material estratégico, no sólo al gobierno del planeta, sino a muchos ciudadanos particulares.

El gobierno de la Tierra había declarado monopolio la extracción y empleo de la «saturnyta», y el quebrantamiento de esta ley se castigaba con penas severísimas.

Había muchísimos, sin embargo, que arriesgaban entre diez y veinte años de cárcel, para conseguir los elevados beneficios que producía la venta de unos cuantos kilos de «saturnyta».

Debido a que en los anillos de Saturno no existían instalaciones de la suficiente potencia para suministrar los cientos de miles de voltios que exigía la transformación de la «saturnyta», el metal debía ser transportado en las astronaves hasta la Tierra, donde se realizaba el proceso de modificación en instalaciones adecuadas.

Era, asimismo, extremadamente dúctil, después de tratado, lo que permitía obtener planchas de una décima de milímetro de espesor sin apenas esfuerzo. Dichas planchas podían detener

fácilmente una bala de fusil disparada a un metro de distancia.

Por otra parte, empleado en una ínfima proporción para aleaciones con el acero le confería una dureza y tenacidad inigualables, como no había sucedido con otros metales, tales como el titanio, aparte de aumentar su grado de infusibilidad hasta límites realmente extraordinarios. Teniendo en cuenta, pues, lo que antecede, se comprende fácilmente que el contrabando de la «saturnyta» resultase tan lucrativo… y peligroso.

Cualquier astronauta podía traerse en la mochila un pedazo del precioso metal. Dada su densidad, con un simple trozo de algo más de ocho o nueve centímetros cúbicos, se disponía de un kilo de «saturnyta».

Kyffer terminó su estudio y se dispuso a continuar sus pesquisas. Entonces, el Subcoordinador Jarama le llamó a través de la televisión interna, pidiéndole detalles de lo conseguido hasta el momento.

Kyffer le informó cumplidamente de todo cuanto había hecho. Jarama se quedó muy pensativo durante unos momentos.

—Así que usted opina que la «saturnyta» anda de por medio en este asunto—dijo al cabo.

—No me extrañaría en absoluto, señor —respondió Kyffer—. De lo contrario, ¿por qué iba a andar la doctora Won desempeñando tales papeles?

—¡Caramba con la doctora! —exclamó el Subcoordinador—. ¿Quién se iba a imaginar que…? Está bien, yo me ocuparé de que vigilen todos sus pasos. Usted continúe ocupándose del caso.

—Entendido, señor. ¿Algo más?

—No, muchas gracias. ¡Buena suerte, Kyffer!

—La necesitaré, señor —sonrió el joven—. Gracias por todo.

Cerró la comunicación y se puso en la boca un pitillo de encendido automático.

Había una diligencia que todavía no había realizado y que, estimó, debía ejecutar cuanto antes. Poniéndose en pie, salió de su oficina y se dirigió al ascensor que le llevaría a la azotea, donde tenía su aeromóvil.

CAPÍTULO VI

Media hora más tarde, Tel Kyffer se detenía ante la puerta del apartamiento ocupado hasta hacía poco por el difunto Hal Rockent. Kyffer extrajo una de sus ganzúas y se dispuso a utilizarla para abrir la puerta.

Entonces se dio cuenta de que la puerta no tenía la llave echada. Prudentemente, sacó su pistola de choque e hizo girar el pomo.

Abrió una rendija y escuchó. Le pareció oír ruido de tacones femeninos por alguna parte de la casa.

Empujó un poco más y asomó la cabeza. En aquella sala no había nadie. Cruzó el umbral y cerró a sus espaldas.

Frunció el ceño, con un gesto de desagrado, cuando vio frente a sí, en la pared opuesta y junto a la ventana, una especie de mancha de humedad que afectaba vagamente el contorno de una silueta humana. Kyffer emitió mentalmente un comentario poco favorable acerca de los materiales empleados en la construcción del edificio y, tras lanzar un rápido vistazo en torno suyo, continuó adelante.

Los ruidos se escuchaban en una habitación contigua. Kyffer avanzó sin hacer el menor ruido y asomó la cabeza.

La silueta de Edith Won, una vez conocida, resultaba inconfundible. Edith vestía ahora con mucha más discreción que la víspera, pese a lo cual seguía siendo un espectáculo agradable de contemplar.

Estaba registrando los cajones de una cómoda. Kyffer enfundó la pistola de choque, se puso un cigarrillo entre los labios y aspiró la primera bocanada.

—¿Necesita ayuda, doctora?

Edith se revolvió velozmente. Kyffer respingó.

—¡Cuidado! —dijo.

Ella tenía en la mano una pistola de utilidad desconocida para Kyffer, salvo que sabía que los efectos de sus descargas no podían ser buenos para la salud. Sin embargo, Edith le reconoció en el acto y bajó el arma.

—Lo siento —se excusó—. Usted me asustó…

—Eso significa que no tiene la conciencia muy tranquila —dijo Kyffer, avanzando hacia ella—. Deme ese cacharro, por favor.

Edith retrocedió un paso.

—No; es mío —contestó.

—No lo dudo, pero, ¿tiene usted licencia para su uso?

Edith vaciló. Kyffer sonrió y, alargando la mano, se quedó con la pistola.

—¿Qué clase de proyectiles dispara este trasto? —inquirió.

—Narcóticos —contestó ella sobriamente.

—¡Hum! No está mal. Se ve que es mujer prevenida y que quiere ahorrarse sorpresas desagradables. Pero anoche no la llevaba.

—No —reconoció Edith.

—Si la hubiese llevado, mi intervención cuando intentaron secuestrarla habría resultado innecesaria.

—Puede darse como supuesto.

—Está usted muy fría conmigo —observó Kyffer.

—No pretenderá que le eche los brazos al cuello cada vez que le veo, ¿verdad?

Kyffer sonrió.

—Pues mire, no me desagradaría. Pero, claro, esas efusiones se quedan para el tipo afortunado que es su prometido. A propósito —preguntó Kyffer en tono intrascendente—, ¿qué buscaba por aquí?

—¿Tiene algún motivo especial para retenerme en esta casa? —eludió ella la respuesta con otra pregunta.

Kyffer la contempló detenidamente durante algunos segundos.

—Podría decirle que sí, pero la dejaré ir... si es que quiere marcharse —contestó.

—Muchas gracias. ¿Se queda con la pistola?

—Considerando su relativa inofensividad, prefiero devolvérsela. ¿Irá esta noche por «El Albatros de Plata»?

El rostro de la joven se coloreó vivamente, a la vez que su pecho se agitaba con fuerza.

—Prefiero no contestar —dijo. Guardó la pistola en el bolsillo y salió con paso ligero y elástico, sin volver la cabeza una sola vez.

Kyffer lanzó un profundo suspiro.

—¡Lástima! —comentó a media voz—. Muy orgullosa... pero complicada en este maldito asunto.

Y, de pronto, recordó que Edith había sido quien practicó la autopsia al cadáver de Rockent. Por tanto, ella había autorizado su inhumación...

Se le ocurrió una idea. ¿Habría observado ella algo en el cuerpo de Rockent que había juzgado oportuno ocultar en el informe?

—Será cosa de indagar por esa parte —se dijo.

Y empezó a registrar la casa, pero, por más esfuerzos que hizo, no logró encontrar nada que pudiera ayudarle en sus pesquisas.

Estaba a punto de marcharse, cuando oyó pasos en la sala.

Asomó la cabeza. Había dos hombres allí, vestidos con unos monos blancos, manchados por algunos sitios, y con un par de aparatos parecidos a las botellas de aire de una escafandra autónoma, salvo por el hecho de que llevaban un complemento, consistente en una delgada manguera, terminada en un remate cónico de metal, de unos diez centímetros de longitud, provisto de un culatín con gatillo.

Los dos hombres se quedaron atónitos al verle. Kyffer decidió pasar al ataque.

—¿Qué hacen ustedes aquí? —preguntó.

—Somos los pintores —respondió uno de ellos prontamente—. El gerente de la casa nos ha enviado a restaurar las paredes de esta habitación.

Kyffer miró a su alrededor. De nuevo divisó aquella mancha que tanto le había disgustado en un principio.

—Se comprende —dijo, haciendo una mueca.

Luego emitió una sonrisa.

—Bueno, sigan con su labor —se despidió.

Cruzó el umbral. Apenas lo había hecho, se detuvo en seco.

Aquel tipo que decía ser pintor…

Recordó ciertas frases que Edith Won había pronunciado la víspera, cuando manifestó a Couzeau que buscaba a un tal Harry Seel.

«Un tipo de unos treinta y seis años, de pelo castaño, con un mechón blanco en el centro de la frente, cejas picudas… una cicatriz en la barbilla…»

Esa era la descripción que Edith había hecho de Seel… ¡y encajaba absolutamente con el supuesto pintor que había contestado a sus preguntas!

Se volvió en redondo, a la vez que sacaba la pistola de choque. Hizo girar el pomo y asomó la cabeza.

—Con cuidado —oyó hablar a Seel.

El otro dijo:

—¡Demonios! ¡Como pesa esto!

—La «saturnyta» ya se sabe —rio Seel—. Es una plancha muy pequeña, pero setenta y siete veces más pesada que un volumen igual de agua. Debe de haber unos sesenta kilos, Tim.

—¿A cómo pagan el kilo, Harry?

—Depende de quién lo compre y de la necesidad que tenga para su industria. Pero nunca obtendrás menos de diez mil créditos por kilo.

Kyffer oyó un silbido.

—¡Eso significa seiscientos mil créditos, Harry! —exclamó el otro sujeto.

—Por lo menos, Tim. Bueno, ya está... El simpático Hal lo tenía bien escondido, ¿eh?

—Un buen truco, Harry, desde luego. ¿Qué hacemos ahora?

—Dejar la pared tal como estaba. Nos llevaremos la plancha de «saturnyta» y...

—¿Lo creen así? —preguntó Kyffer, irrumpiendo bruscamente en la sala.

Hubo un instante de silencio. Los dos supuestos pintores tenían a la espalda las botellas que contenían la pintura, que luego habría de ser aplicada mediante pulverización con las mangueras de que estaban dotados aquellos aparatos. Estaban de espaldas a la puerta y frente a un lienzo de pared, en el que se veía un hueco de unos cuarenta centímetros de largo por la mitad de ancho y uno y medio de profundidad, aproximadamente.

Sobre una mesa divisó una plancha de un metal extremadamente brillante, semejante a la plata. El suelo estaba cubierto parcialmente de rastros del yeso de la pared, al pie del hueco donde había estado hasta entonces el preciado metal.

—Les aconsejo que levanten las manos —dijo Kyffer, pasados algunos segundos, y en aquel preciso momento, Harry Seel se volvió hacia él y le lanzó al rostro un tremendo chorro de pintura.

Kyffer vio venir hacia sí una nube de líquido blanco pulverizado, y quiso apartarse, pero ya era tarde.

Por puro instinto de defensa, apretó el gatillo de su pistola de choque. Se oyó un fuerte «¡pam!», semejante a un golpe de bombo, aunque de volumen mucho mayor y, casi en el acto, un ahogado grito de dolor.

Pero en el mismo instante, el chorro de pintura le alcanzó de

lleno en la cara y le cegó. Un vivísimo escozor le afectó en los ojos y se tambaleó, casi sin saber dónde estaba.

Oyó la voz de Seel.

—¡Vamos, Tim! ¡Levántate, pronto!

—¡No... no puedo! —jadeó el otro—. ¿Qué diablos... ha empleado ese maldito detecti... ve?

Kyffer supo que su disparo había hecho blanco, pero la pintura le había cegado por completo y no podía ver en absoluto nada de lo que sucedía a su alrededor. Volvió a disparar la pistola, pero lo único que consiguió fue romper un cristal.

Algo duro y contundente se abatió sobre su cráneo en aquel momento. Cayó de bruces y ya no oyó siquiera los pasos de los dos individuos que escapaban a todo correr.

Pasados algunos minutos, recobró el sentido. Abrió los ojos, pero los cerró casi en el acto; todavía continuaba el escozor.

Como pudo, se trasladó al cuarto de baño, en donde se lavó los ojos con agua tibia en abundancia. Al cabo de varios minutos, se encontró un poco mejor.

Se miró al espejo. Todavía tenía manchas de pintura en la cara y la pechera de su traje estaba completamente blanca. Casi se echó a reír de sí mismo.

Pero el asunto no era para ser tomado a risa. Parpadeando más de lo corriente, abandonó el baño y se dirigió hacia la sala.

Examinó el hueco practicado en la pared por los dos pintores. Si se descontaba el grosor de la capa de yeso que había ocultado la plancha de «saturnyta», resultaba que ésta tenía un espesor de un centímetro.

En tal caso, si se consideraban sus otras dos dimensiones, largo y ancho, cuarenta centímetros por veinte, se llegaba fácilmente a la conclusión de que Seel estaba en lo cierto al asegurar que aquel trozo de metal pesaba por lo menos sesenta kilos.

—Sesenta kilos de buen metal —murmuró, decepcionado.

Y ello significaba una cosa: Rockent había muerto a causa de la «saturnyta».

¿Cómo había conseguido introducir aquella plancha de metal en la Tierra? Tiempo habría de averiguarlo, se dijo, mientras marcaba en el visófono que había sobre una mesita le número de su jefe.

La cara de Jarama apareció segundos más tarde en la pantalla.

—Hable, Kyffer.

—Confirmados los motivos de la muerte de Rockent. «Saturnyta», señor.

Jarama no pestañeó siquiera.

—¿Cuánto? —preguntó sobriamente.

—No menos de sesenta kilos, señor.

—¡Hum! Una buena pieza, que vale, en el mercado extraoficial, más de medio millón de créditos.

—Y también cien o ciento cincuenta mil más, señor. Pero no tengo el metal.

—¿Dónde está?

Kyffer relató a su jefe lo que le había sucedido con los falsos pintores. Jarama le escuchó en silencio.

—No tiene nada que reprocharse, Kyffer —dijo—. Usted hizo lo que pudo… bastante más que el zoquete que seguía a la doctora Won.

—¿Qué le ha pasado?

—La perdió. Ella debió de darse cuenta de que era seguida y se ingenió para escabullirse.

—Eso no importa mucho, señor. Me la encontré yo.

—¿Dónde? —preguntó Jarama interesadamente.

—Aquí mismo, en casa de Rockent.

—¿Buscaría ella también la «saturnyta»?

—Es probable, aunque no estoy en condiciones de asegurarlo. —Kyffer recordó el lugar de la casa donde estaba Edith en el momento de sorprenderla y añadió: —Tal vez buscaba otra cosa; el cajón de una consola no me parece el sitio más apropiado para esconder una pesada plancha de «saturnyta».

—Es posible. ¿Dónde estaba?

—Rockent hizo en el estuco de la pared un hueco de las dimensiones de la plancha, aunque ligeramente más profundo, y luego tapó y empapeló todo para que quedase con apariencia normal. Los dos sujetos que me atacaron debían de saberlo y fueron a tiro hecho.

Tal vez emplearon un detector portátil de metales —sugirió el Subcoordinador pensativamente—. Pero, ¿de qué pudo morir Rockent?

—¿Por qué no ordena usted una exhumación y hace que otros

forenses examinen su cadáver? No sabemos si la doctora Won nos ocultó algo de particular en el examen del cuerpo de Rockent.

—Tiene razón —admitió Jarama—. Y en cuanto a la doctora...

—Jefe, voy a pedirle dos favores.

Jarama miró con interés a su subordinado.

—Hable, Kyffer —invitó.

—Primero, deje a la doctora de mi cuenta.

—Concedido. ¿Y el segundo favor?

—A ver qué informes tenemos de Seel en nuestros archivos. No es necesario que me llame a casa; simplemente, bastará con dejar una copia de su historial en mi mesa... suponiendo que tengamos algo archivado ahí.

—De acuerdo. ¿Eso es todo?

Kyffer cortó la comunicación y se quedó pensativo durante algunos minutos.

Luego su rostro se animó. El caso era difícil..., pero acabaría resolviéndolo.

CAPÍTULO VII

Con gesto satisfecho, Lew Aldington se dio los últimos toques a su indumentaria y luego se contempló en el espejo.

Era un hombre joven, de unos treinta y tres años, altísimo, de anchos hombros y poderosa musculatura, de pelo muy claro y ojos azules, de los que él sabía atraían poderosamente a las mujeres.

Precisamente ese mismo día, Aldington tenía una cita con una hermosa morena, en uno de cuyos dedos había creído ver, la última vez que habían estado juntos, la huella de un anillo. Bien, a Aldington le importaba poco si era soltera o casada; ¡total, él no era su marido!

Aldington se sintió orgulloso de su varonil apostura y del traje que había elegido para la ocasión. Pantalones muy ajustados, con una ancha franja azul fuerte en los costados, destacando sobre el plata del tejido y camisa también azul, con rombos negros, verdes y blancos en la espalda. En la pechera llevaba una importante condecoración, recibida un año atrás en gracia a haber solucionado un difícil problema en una estación espacial en órbita cerca de

Plutón.

Aldington era piloto de nave espacial. Uno de sus últimos viajes había sido realizado, transportando pasajeros, maquinaria, provisiones y el correo, a los anillos de Saturno. Allí había hecho un buen negocio... creía haberlo hecho, porque todavía no había empezado a percibir sus frutos, pero en estas cosas, se dijo, era mejor tener un poco de paciencia y actuar sobre seguro.

Se ajustó el cinturón, en el cual llevaba sus objetos personales, además de un par de cientos de créditos para el gasto de la noche con la hermosa Leticia Brown... bueno, él estaba seguro de que su apellido era otro y que usaba el tan común de Brown para evitar compromisos, pero, ¿qué importaba un apellido cuando se poseían los ojos y la figura como la de Leticia?

Lanzó la última mirada al espejo y movió la cabeza aprobatoriamente. Iba a marcharse ya cuando, de repente, se produjo en la estancia un silencioso fogonazo.

—¿Eh? —respingó Aldington.

Un hombre apareció ante él. Aldington sintió que la frente se le cubría de un sudor glacial.

—¿Có... cómo... has lle... llegado hasta...?

El hombre meneó la cabeza.

—Eso no importa, Lew —dijo. Y dio dos pasos hacia el astronauta.

—Pero no puede ser —chilló Aldington—. Una persona no puede estar en dos sitios a la vez...

—Yo sí estoy —dijo el hombre fríamente—. En cambio, tú ya no estarás más aquí...

El hombre alargó la mano y rozó la pechera de Aldington. Sonó un agudo grito.

Aldington se convulsionó, como presa de un vivísimo dolor. Luego, sus rodillas se doblaron y cayó al suelo, retorciéndose unos instantes, hasta quedar definitivamente inmóvil.

Segundos más tarde, estalló un chispazo. Al disiparse el resplandor, el desconocido había desaparecido.

En la estancia sólo quedaba el cadáver de Aldington, en cuya cara se había petrificado una mueca de terror infinito.

* * *

Una lámpara de color rojo centelleó varias veces, mientras que en la enorme sala se escuchaba el suave tañido de un gongo eléctrico.

Uno de los hombres de bata blanca, que vigilaban la colosal máquina de control, se acercó al lugar donde oscilaba la lámpara roja y presionó un botón.

Se oyó un leve chasquido. Una tarjeta de color azulado, muy claro, salió por la ranura.

El vigilante tomó la tarjeta y leyó su contenido. Luego se dirigió hacia el visófono que había en un rincón de la estancia.

Presionó el botón de contacto y dijo:

—Central Coordinadora de Orden.

Los mecanismos automáticos, que obedecían a los impulsos sonoros de la voz humana, establecieron la comunicación en fracciones de segundo.

El rostro de una telefonista apareció a poco en la pantalla.

—Contacto con la C.C.O. Emita su informe, por favor.

—Esta es la Sección Estadística Ciudadana Número Cuarenta y Nueve. Los registros indican la muerte súbita de una persona.

—Sus datos, por favor. Estoy dispuesta para registrarlos.

—Nombre del fallecido: Lew Aldington. Profesión, piloto de astronave. Edad, treinta y tres años. Especialidades, la citada. Domicilio: Meseta Diez, número 8.031, nivel 93, habitación 9—99.

—Enterado —dijo la chica—. ¿Motivos de la muerte?

—El estado de salud de Aldington era excelente —contestó el operario, tras echar un vistazo a la tarjeta—. Nada de taras hereditarias ni secuelas derivadas de la profesión.

—Está bien. Informaré al Subcoordinador.

El vigilante dijo:

—Dadas las circunstancias de la muerte, solicito una investigación a fin de completar su historial en la tarjeta.

—Pasaré su demanda al Subcoordinador. Eso es todo, muchas gracias.

—A usted, señorita.

El vigilante hizo algunas anotaciones en la tarjeta. Luego la volvió a su sitio.

—¿Un asesinato? —se dijo.

Matías Jarama se preguntó lo mismo cuando conoció la noticia de la muerte de Lew Aldington.

—Un astronauta muerto sin motivo aparente —murmuró—. Y, según mis noticias, acababa de regresar de Saturno…

Alargó la mano y tocó un botón de su visófono. La pantalla se iluminó de inmediato.

—Señorita —ordenó—, póngame en el acto con el detective de tres estrellas Tel Kyffer.

—Bien, señor.

Kyffer se hallaba en aquellos momentos frente a la casa de Edith Won. Dudaba en subir a entrevistarse con la joven o esperar a que saliese, cuando percibió en su cinturón una tenue vibración.

«El jefe me llama», pensó de inmediato.

Tranquilamente, sin levantar sospechas, abrió uno de los compartimientos de su cinturón y extrajo un menudo auricular que introdujo en el hueco del oído derecho. El micrófono era de tipo de laringe y quedaba oculto por el cuello alto y cerrado de su traje.

—Habla Kyffer —dijo.

La voz de Jarama resonó en su cerebro.

—Acaban de anunciarnos una muerte sospechosa —dijo el Subcoordinador. Le dio el nombre y la dirección de Aldington, y agregó—: Deje lo que esté haciendo y acuda allí en el acto. Le doy media hora antes que los investigadores normales.

—Bien, señor. ¿Algo más?

—Eso es todo, Kyffer.

—De acuerdo.

Kyffer cerró la comunicación y elevó la mano.

Un aero taxi, que circulaba a marcha reducida a unos centímetros del suelo, se detuvo en el acto. Kyffer no podía perder tiempo en buscar su aeromóvil, estacionado en la azotea de un edificio situado a cuatro manzanas de distancia.

Su precaución, sin embargo, no le había servido de nada. Oculta tras de unos visillos, Edith le había estado contemplando desde la ventana de su apartamiento.

Apenas vio que Kyffer subía al aerotaxi, corrió hacia la puerta y se dirigió hacia la azotea, donde tenía su aeromóvil. Minuto más tarde, el aparato se hallaba en vuelo.

Kyffer prometió una buena propina al taxista si corría al

máximo. El hombre demostró ser un cumplido conocedor de su oficio y ganó algunos minutos sobre lo normal en la carrera ordenada.

Poco después, Kyffer abría la puerta del departamento de Aldington.

Lo primero que vio fue el cuerpo yacente en el centro de la sala. Después de cerrar la puerta, caminó unos pasos y se arrodilló junto al cadáver.

Puso una mano sobre su mejilla, encontrándola ligeramente tibia. Así, pues, Aldington no hacía aún una hora que había muerto.

Salvo la expresión de terror de su cara, el cuerpo no presentaba señales de anormalidad. A Kyffer le extrañó mucho el gesto de espanto del muerto.

¿Qué había visto Aldington antes de morir?

Tras unos segundos de reflexión, se decidió por realizar un examen superficial de su cuerpo. Desabotonó la camisa y, con una navajita, rasgó la fina camiseta que cubría su tórax.

Kyffer frunció el ceño. Aquella manchita...

Era como un círculo violado, de unos cinco centímetros de diámetro, situado a la altura del corazón. En realidad, más que violado parecía ser de un color algo más oscuro que el resto de la epidermis.

¿Alguna mancha de nacimiento?, se preguntó.

Fuera como fuera, ahora habría un forense que realizaría una autopsia a conciencia, sin ocultaciones basadas en extraños motivos. Abrochó la camisa y procuró dejar el cuerpo en la misma posición en que se hallaba al entrar en la casa.

Lentamente, se puso en pie y miró a su alrededor. De pronto, junto a una de las ventanas, divisó una mancha apenas perceptible.

Los recuerdos acudieron en el acto a su mente. Había visto otra mancha similar... con los vagos contornos de la silueta de un ser humano, en casa de Rockent.

Los dos casos parecían análogos. Pero Kyffer no tuvo tiempo de continuar con sus reflexiones.

Algo chasqueó a sus espaldas. Comprendiendo que era el pomo de la puerta, dio un salto y se guareció al otro lado de la misma, en el preciso instante en que alguien, desde afuera, la hacía girar poco a poco.

Mantuvo la mano derecha sobre la culata de su pistola de choque. Oyó unos pasos y, de súbito, divisó una esbelta silueta femenina.

Edith se volvió para cerrar. Entonces vio al detective.

Una intensa palidez cubrió su hermoso rostro.

—¡Usted! —dijo, retrocediendo un paso instintivamente.

—El mismo —contestó Kyffer, sonriendo—. ¿Le extraña mi presencia en el lugar de un crimen?

Edith hizo un esfuerzo por recuperarse.

—¿De veras cree que Aldington ha muerto asesinado?

—Ah, con que lo conocía usted —dijo Kyffer.

—Sí.

Hubo un instante de silencio.

Luego, el detective dijo:

—Doctora, ¿se da cuenta de que su comportamiento se está haciendo altamente sospechoso?

—Si se refiere a Rockent y Aldington, debe empezar a pensar que yo no los he asesinado —contestó Edith orgullosamente.

—Pero tal vez conoce al asesino.

Edith se mordió los labios.

Kyffer sonrió.

Estaba seguro de que su frase era certera.

—¡No! —protestó ella.

—¿A quién está protegiendo, doctora? ¿Sabe que será otro forense el que haga la autopsia del cadáver de Aldington? ¿Sabe que, en estos momentos, el cadáver de Rockent ha sido exhumado y que otros médicos le están practicando una autopsia… digamos decente y honesta?

Edith palideció. Kyffer comprendió que la joven se sentía culpable.

Avanzó hacia ella. De súbito, antes de que pudiera añadir una sola palabra, se oyó el ruido de una llave que se movía dentro de la cerradura de la puerta de acceso al piso.

CAPÍTULO VIII

Kyffer, cuando convenía, era hombre de reacciones rápidas.

Saltó hacia adelante, agarró una muñeca de Edith y tiró de ella.

—¡No alce la voz! —recomendó en tono muy bajo.

Edith no se resistió cuando el detective la arrastró hacia un cuarto contiguo. Kyffer la empujó a un lado, nada suavemente, por cierto, y luego asomó un lado de la cara.

La puerta se abría en aquel instante. Kyffer vio a un hombre de mediana edad, aunque fuerte todavía, que daba unos pasos dentro de la casa y se detenía ante el cadáver.

El hombre era desconocido para Kyffer. Detenido en el centro de la estancia, con las manos sobre la cadera, el desconocido contempló el cadáver y meneo la cabeza.

—Si ha sido él... no le auguro nada bueno —murmuró, de tal modo que Kyffer pudo oírle perfectamente.

El detective se disponía a intervenir, cuando, de pronto, vio que el desconocido se dirigía a uno de los rincones y movía un jarrón de adorno.

Dentro del jarrón había un objeto que Kyffer no supo identificar de momento. Pero se dijo que sería conveniente conocer más detalles.

El desconocido se disponía a marcharse. Entonces, Kyffer le dio el alto.

—¡No se mueva! —ordenó.

El hombre se revolvió velozmente, con una pistola en la mano. Kyffer apretó el gatillo de su arma.

¡Pam!

La pistola de choque emitió una seca descarga. Un sector de la atmósfera del cuarto, de forma cilíndrica y de unos tres metros de longitud por diez centímetros de diámetro, fue desplazado violentísimamente y golpeó al desconocido en el pecho, derribándole de espaldas, jadeante y sin aliento.

Kyffer saltó hacia él y le despojó de la pistola, que, según pudo comprobar, lanzaba descargas de gas narcótico. Luego recogió el objeto que el tipo había extraído del jarrón y, con gran asombro, se dio cuenta de que era una cámara tomavistas de tamaño no superior al de un paquete de cigarrillos.

El desconocido trataba de recuperarse del golpe que le había dejado vacíos los pulmones. Kyffer le contempló impasible.

Oyó tacones a su espalda. Edith preguntó:

—¿Qué le ha hecho usted?

—He usado mi pistola de choque. Provoca una violenta sacudida atmosférica, en forma de lanza de aire comprimido, eso es todo.

—No está mal —murmuró Edith, admirada.

El desconocido se sentía ya casi bien. Se sentó en el suelo y empezó a darse masaje en el estómago.

—¿Por qué diablos me ha pegado de esa forma? —preguntó malhumoradamente.

—Usted sacó un arma, recuérdelo —dijo Kyffer.

—Era sólo una pistola de proyectiles narcóticos...

—Está bien —atajó el joven—. Soy Kyffer, detective de tres estrellas. —Le enseñó sus credenciales—. Dígame su nombre y qué hacía aquí.

El sujeto se puso en pie, visiblemente impresionado.

—Me llamo Gary Mowl y pertenezco a una agencia de investigaciones confidenciales —declaró—. Uno de nuestros clientes nos había encargado observar el... comportamiento de su esposa en relación con el señor Aldington, eso es todo.

Kyffer hizo saltar el tomavistas en la palma de la mano.

—Mowl, usted se deja algo en el tintero —dijo severamente.

—Bueno —rezongó el investigador—, nuestro cliente suponía que su esposa podía encontrarse aquí con el señor Aldington y por eso instalamos un tomavistas. Simplemente, yo vine a recogerlo para ver qué había sucedido y emitir un informe, eso es todo.

—Parece que dice la verdad, Mowl —observó Kyffer—. Sin embargo, me permitirá que, por ahora, me quede con el tomavista. Se ha producido una muerte, ignoramos si es violenta o no, y debemos esclarecerla. Una vez hayamos terminado la investigación, devolveremos la grabación a su agencia.

Mowl hizo un gesto de resignación.

—Supongo que no me queda otro remedio que decir que sí —contestó, haciendo una mueca—. ¿Me devuelve la pistola narcótica? A veces me es muy útil...

—Sí, pero no se le ocurra emplearla contra mí. Le costaría muy caro —advirtió el joven.

—Soy el más respetuoso observador de la ley —gruñó Mowl, quien tras dejar su dirección, se marchó con la mayor rapidez posible.

—¿Y ahora? —dijo Edith, una vez se hubieron quedado solos.

—Usted y yo nos vamos a ir inmediatamente —dispuso Kyffer —. Mi jefe me dio sólo media hora para investigar antes que los de Homicidios y ya deben de estar a punto de llegar. ¡Vamos!

Asió uno de los brazos de la joven y se la llevó de allí. Cuando salían del edificio, llegaba un aeromóvil policial.

—Hemos salido bien a tiempo —sonrió Edith.

Kyffer hizo un gesto de asentimiento. Su aeromóvil estaba cerca, pero prefirió caminar una veintena de metros, hasta una cafetería próxima, en la cual entraron, sentándose a ambos lados de una mesa, situada en un rincón discreto.

Una camarera les tomó el pedido. Ambos solicitaron sendas tazas de café.

—Me gustaría saber a qué fue usted a casa de Aldington —dijo por fin Kyffer, mientras removía el azúcar en su taza, con la cucharilla.

Ella se sonrojó ligeramente.

—No me gustaría tener que decírselo —contestó.

—Bien —declaró él sin inmutarse—, ya me imagino que fue por causa de la «saturnyta»...

Observó a Edith mientras hablaba. La joven procuró mostrarse impasible, pero el rápido vaivén de su esbelto seno delataba su agitación interior.

—¿Ha organizado usted alguna cuadrilla de contrabandistas de «saturnyta»? —preguntó Kyffer súbitamente.

—¡No, por Dios! —contestó ella, con gran vehemencia.

—¿Entonces...?

—Por favor —dijo Edith plañideramente—, no me obligue a contestarle. Lo único que puedo decir es que no he cometido ningún hecho delictivo.

—Salvo falsear el resultado de la autopsia de Rockent.

Edith bajó la cabeza.

—Si... si hubiese reflejado la verdad en mi informe forense, no me habría creído nadie.

—Y... ¿cuál es esa verdad, doctora?

Ella hizo un gesto negativo.

—Lo siento, Tel —contestó, llamando al joven por su nombre.

—Edith, usted cree ganar algo actuando así —manifestó Kyffer

—. Lo único que consigue es perjudicarse a sí misma, mucho más de lo que usted piensa. ¿De verdad no quiere hablar?

Ella tornó a mover la cabeza negativamente, a la vez que sus hermosos ojos se llenaban de lágrimas.

—Lo siento, Tel —dijo parcamente.

Kyffer lanzó un suspiro. Depositó una moneda sobre la mesa y se puso en pie.

—A su prometido no le gustaría su actitud —aseguró.

—Deje a Benj Thlago en paz —pidió ella irritadamente.

—Está dejado —contestó el detective—. Por cierto, creo que no se halla ahora en la Tierra, ¿verdad?

—Está en Marte, en el Campo de Aclimatación número Dos. Regresará dentro de dos meses y entonces nos casaremos.

—Si está libre para entonces —dijo Kyffer con severidad—, ya que su actitud no tiene nada de diáfana.

Edith mantuvo baja la cabeza. Todavía estaba sentada.

—¿Quiere que la lleve a su casa? —se ofreció Kyffer, en vista de su silencio.

—No, muchas gracias.

—Está bien. Adiós.

—Adiós, Tel.

Kyffer abandonó el local y se dirigió a su aeromóvil.

Quince minutos más tarde entraba en la oficina de su jefe.

—Hola —saludó Jarama—. ¿Algo nuevo?

—Creo que sí —contestó el joven—. ¿Podría ordenar que trajeran un proyector cinematográfico, señor?

—Por supuesto.

El Subcoordinador se inclinó hacia un interfono y dio la orden. Luego, mientras traían el proyector, Kyffer le hizo un relato puntual de todo cuanto había ocurrido desde que llegó a casa de Aldington.

—No hay duda —afirmó Jarama, cuando Kyffer hubo terminado su informe verbal—. Las dos muertes están relacionadas entre sí y... ¡Ah, aquí está el proyector!

Una mecanógrafa entró con el aparato en las manos. Era de tamaño apenas doble que la cámara tomavistas y su manejo resultaba sumamente sencillo.

Kyffer dispuso todo para la proyección. Abrió la cámara y extrajo de su interior un rollo de diámetro no superior a los tres

centímetros y con un grosor de medio milímetro escaso.

La película, en realidad, era un hilo magnetofónico, de tres décimas de milímetro de grosor, en el que se registraban las imágenes y el sonido por un mecanismo idéntico al de las grabaciones de televisión. Mientras, la mecanógrafa había dispuesto una pequeña pantalla, que colgó de la pared más cercana.

Luego bajaron las persianas y la habitación quedó en la penumbra. Entonces, Kyffer puso el proyector en marcha.

Durante algunos segundos, no ocurrió nada. Sólo se veían imágenes de la habitación donde había muerto Aldington.

A poco, apareció el muerto, el cual se detuvo ante un espejo, para dar los últimos toques a su indumentaria.

—Un tipo elegante —comentó la mecanógrafa, con un suspiro de melancolía.

—Sí, parece que le gustaba estar al corriente de la moda —dijo Jarama, a quien las estridencias indumentarias sacaban de sus casillas.

Aldington se dispuso a marcharse. Entonces, brilló en la pantalla un vivo fogonazo, y un sujeto apareció ante los ojos de los tres espectadores.

—¡Caramba! —dijo Kyffer—. Eso parece magia.

Jarama se inclinó interesadamente hacia adelante.

La expresión de terror era claramente visible en el rostro de Aldington.

—¿Quién será ese tipo? —preguntó.

Era un hombre de unos cuarenta años, alto, delgado, calvo, de cráneo piriforme y ojos penetrantes, bajo unas cejas picudas. Sus labios eran delgados y su nariz ganchuda semejaba el corvo pico de un ave de presa.

Vestía un traje corriente de una sola pieza, de color gris claro, y sobre el lado izquierdo del pecho se leían unas letras y unas cifras.

C.A.M. 2—67089

Jarama, Kyffer y la mecanógrafa contemplaron la escena con ojos llenos de asombro. El desconocido alargó la mano y Aldington cayó muerto.

—¡Rayos! ¡Lo ha matado sin más que tocarle! —exclamó el

Subcoordinador.

Luego se produjo un vivo chispazo y el sujeto se esfumó de la pantalla.

Las imágenes cesaron, para volver a aparecer segundos más tarde. Kyffer surgió en la pantalla.

—Esa cámara es automática —dedujo el joven —y debía de funcionar solamente cuando había personas en sus inmediaciones; es decir, por medio de un detector de infrarrojos, que captaba el calor humano y ponía en marcha los mecanismos de grabación.

—Así es —admitió Jarama—, y lo que acabamos de ver demuestra que, desde la muerte de Aldington hasta su llegada, no hubo nadie más en la casa.

—Salvo la doctora Won —dijo el joven, en el momento en que la figura de Edith aparecía en la pantalla.

Luego alargó la mano y cortó la proyección.

—Lo que ocurrió después casi no tiene interés —dijo—. Podemos repetirlo cuando queramos. Ahora lo que importa es identificar al tipo que liquidó a Aldington.

—Sí —convino Jarama pensativamente—. Tenemos su imagen y... ¡Annie, traiga inmediatamente una cámara fotográfica con placas de revelado instantáneo! —ordenó a la mecanógrafa.

—Sí, señor.

Kyffer hizo girar el rollo de hilo magnetofónico en sentido inverso y esperó a que volviese la mecanógrafa. Minutos después, apareció la chicha con una cámara fotográfica en las manos.

El detective puso de nuevo en marcha el proyector. Jarama se hizo cargo de la cámara y, en el momento adecuado, impresionó una placa.

—Ya está —dijo.

Kyffer paró la proyección. Annie levantó las persianas.

Segundos después, tenían la fotografía lista. Jarama se la entregó a la mecanógrafa.

—Annie, entréguela en Archivo. Quiero una información rápida acerca de este sujeto, con todos los datos que tengamos aquí sobre él.

—Bien, señor.

Annie salió de la estancia. Entonces, Jarama entregó un sobre a Kyffer.

—Me había olvidado —dijo—. Aquí tiene un informe completo de Harry Seel.

—Vaya —murmuró el joven, echándoselo al bolsillo—. Bien, lo examinaré más tarde. Ahora tengo que hacer algo muy importante.

—¿De qué se trata? —preguntó el Subcoordinador interesadamente.

—De un detector de metales y de la «saturnyta», señor.

—¿Sospecha que hay «saturnyta» en casa de Aldington?

—Estoy seguro de ello —contestó Kyffer —. Calculo que los de Homicidios habrán terminado ya y quiero anticiparme a los tipos que me golpearon para llevarse la placa de «saturnyta».

—Buena idea —aprobó Jarama—. Llámeme apenas hay obtenido algún resultado.

—Así lo haré, señor —prometió el joven.

CAPÍTULO IX

Tel Kyffer se colocó los auriculares y dio media vuelta al interruptor. Inmediatamente, empezó a pasear la base registradora del detector por las paredes de la estancia.

La pila que proporcionaba energía al aparato pendía de su cinturón. Un cable, que luego se dividía en dos, era el que enviaba las señales a sus oídos, por medio de los auriculares. Otro estaba conectado por un extremo al detector y por otro a la caja de mecanismos.

Además, Kyffer se había llevado algunas herramientas. Sospechaba que el metal contrabandeado debía estar escondido de la misma forma que lo había estado el trozo transportado por Rockent.

Al cabo de un minuto, oyó un tenue pitido, que se acentuó persistentemente al enfocar el detector sobre determinado punto del muro. Kyffer paseó el aparato en forma casi circular, observando con gran detenimiento las oscilaciones de sonido del detector.

Así pudo llegar a la deducción de que se trataba de un trozo de metal de tamaño superior al de Rockent.

Silbó admirado.

—Lo menos hay un metro cuadrado de superficie —dijo—. Sólo

con que mida un centímetro de grosor...

Se estremeció. Si la plancha de metal poseía tales dimensiones, significaba que su volumen era nada menos que de diez mil centímetros cúbicos.

—Diez mil centímetros cúbicos de agua representan diez kilos..., pero si es «saturnyta» esta cifra hay que multiplicarla por setenta y siete —murmuró, mientras abría la bolsa de las herramientas.

Lo que quería decir, lisa y llanamente, que la plancha que tenía al alcance de sus manos, pesaba casi ochocientos kilos.

—¿Cómo diablos habrán podido transportarla hasta aquí? —masculló mientras atacaba la pared con un formón.

De nuevo se hizo un cálculo mental.

—Un metro cuadrado de superficie por un centímetro de grosor... Son setecientos setenta kilos de «saturnyta»... y a diez mil créditos el kilo... bueno, eso representa bastante más de siete millones y medio... ¡Ah, ya está a la vista! —exclamó de pronto.

Siguió trabajando afanosamente. La plancha de metal había sido oculta en un hueco muy poco hondo, practicado en la pared, y recubierta luego con yeso y el empapelado correspondiente. Kyffer calculó que sus estimaciones acerca del tamaño, peso y volumen no se alejaban demasiado de la realidad.

Se preguntó cómo podría mover solo un trozo de metal que pesaba más de tres cuartos de tonelada. Quitó las rebabas de los bordes y, de súbito, la plancha se venció hacia adelante.

Kyffer intentó retirar el pie, a la vez que lanzaba un grito de angustia. Aquel pesadísimo trozo de metal le iba a aplastar el miembro.

Su gesto resultó tardío. La «saturnyta» cayó sobre su pie... ¡pero no le causó apenas daño!

—¿Eh? —respingó el detective, atónito.

Se inclinó y cogió con una mano la plancha. Pesaba solamente un par de kilos.

—Es «saturnyta» tratada —dijo, sin poder contenerse.

Sacó un pañuelo y se limpió el abundante sudor que le corría por la frente.

—Vaya un mal trago —murmuró, mientras dejaba la placa apoyada sobre la pared—. Creo que el Subcoordinador debe saber...

Se interrumpió. Alguien pretendía entrar en el apartamiento.

Kyffer giró sobre sus talones, tratando de buscar un escondite. Era tarde ya.

Dos hombres cruzaron el umbral. Ambos le reconocieron en el acto.

—Hola, Seel —saludó el joven.

Harry Seel se quedó parado, lo mismo que su compinche. Durante unos segundos, reinó un silencio absoluto en la estancia.

De súbito, Seel empujó a su compañero, lanzándole hacia el detective. Kyffer y el hampón rodaron por el suelo, mientras Seel daba media vuelta y escapaba a la carrera.

Kyffer maldijo profusamente, mientras trataba de parar los golpes que le dirigía el aterrado sujeto. Al fin, pudo conectar un derechazo a su mandíbula y dejarlo atontado.

Se puso en pie de un salto y corrió a la puerta.

Era tarde. Harry Seel había desaparecido ya.

—Es lo mismo —se dijo—. Este otro hablará.

Volvió al centro de la estancia. El hampón se sentó en el suelo, tanteándose la mandíbula.

Kyffer le encañonó con la pistola de choque.

—¿Tu nombre? —preguntó.

El rufián se lamió los labios.

—Yo no… —empezó a hablar, lleno de pánico.

—¡Tu nombre! —rugió Kyffer.

—Leyss, Shirko Leyss —contestó el sujeto.

—Eres amigo de Seel, ¿no?

—Bueno, amigo… Me dijo que tenía un trabajito para mí y que me pagaría veinticinco créditos, eso es todo…

—Vamos, no mientas —rezongó el joven—. Es un asunto de «saturnyta» y pueden caerte encima diez o quince años de cárcel. ¿Hablas o prefieres que te lleve ante el juez?

La cara de Leyss griseó repentinamente.

—¡Demonios! Seel no me dijo que se tratase de un asunto tan serio.

—Pues lo es, no te quepa la menor duda. Bien, el caso es que Seel se ha escapado, dejándote en la estacada. ¿No viste la forma que te arrojó sobre mí, para poder largarse?

—Es cierto —reconoció Leyss malhumoradamente—. ¿Qué quieres saber?

—Todo —dijo Kyffer redondamente.

—Bueno, no es que yo sepa demasiado… En realidad, me limitaba a cumplir las órdenes que me daba Seel… quien me parece que no es el que manda, precisamente.

—Tengo la sensación de que hay un jefe en la banda, aunque admitamos la posibilidad de que Seel sea un miembro distinguido. ¿Qué sabes tú de ese jefe?

—La verdad, no le conozco…

—¿Has oído su nombre?

—Escuché un nombre, es cierto, aunque no estoy seguro de si oí bien —contestó Leyss.

—Bueno, suéltalo ya. ¿Quién es el jefe?

Leyss abrió la boca, pero fue para lanzar un grito de terror.

—¡No, no!

Kyffer se volvió en redondo, a la vez que daba un salto lateral.

Una mano apareció por la puerta, armada con un proyector portátil «láser».

El proyector emitió un chorro de luz intolerable, una raya blanquísima de luz, que fue a dar directamente en el centro del pecho de Leyss, cuyo grito de terror quedó acallado en el acto.

Kyffer empleó de nuevo su pistola de choque. El proyector de rayos de «láser» saltó por los aires, mientras su dueño emitía un rugido de dolor.

El detective se lanzó hacia adelante. Aunque no había visto al hombre que acababa de dar muerte a Leyss, se imaginaba fácilmente su identidad.

Kyffer llegó una fracción de segundo demasiado tarde. El disparo de su pistola de choque no había causado apenas efectos en su adversario, salvo los de desarmarle. Pero sus facultades físicas estaban intactas.

Seel consiguió cerrar antes de que el detective alcanzase la puerta. Kyffer agarró el pomo y tiró con fuerza.

La puerta resistió. Kyffer emitió una imprecación de rabia y volvió a tirar.

Entonces, la puerta se abrió de golpe. Kyffer no lo esperaba y cayó de espaldas aparatosamente, golpeándose la nuca en el suelo.

Durante unos instantes, todo dio vueltas en torno suyo, mientras millares de lucecitas aparecían y desaparecían ante sus pupilas.

Vagamente, oyó pasos por el corredor exterior, mientras hacía un supremo esfuerzo por recobrar el dominio de sí mismo.

Al fin logró ponerse en pie. Los efectos de la conmoción originada por el golpe, desaparecían con cierta rapidez, aunque la nuca continuaba doliéndole. Hizo una mueca y, más por rutina que por estar seguro de que iba a conseguir algo, se asomó fuera del apartamiento.

Seel estaba muy lejos ya, se dijo disgustadamente. El asesino había sido más listo que él, reconoció sin ambages; había sido, en realidad, un hábil truco psicológico soltar la puerta en el momento preciso, para hacerle caer de espaldas y así conseguir la ventaja suficiente para poder huir sin dificultad.

Luego se volvió hacia el centro de la estancia.

Contempló el cadáver de Leyss y se estremeció.

La descarga de «láser» había abierto un negruzco orificio en su pecho, a la altura del corazón. La muerte, por tanto, había sido instantánea.

Dominando un amargo sentimiento de frustración, se dirigió hacia el visófono; era preciso que Matías Jarama tuviese conocimiento de lo ocurrido.

* * *

El Subcoordinador escuchó sin pestañear una posterior, personal más detallada versión del suceso, mientras contemplaba la placa de «saturnyta» que Kyffer había llevado consigo. Al terminar el joven su relato, Jarama puso delante de él una fotografía.

—¿Sabe quién es ese tipo? —preguntó.

—Bueno, el mismo que mató a Rockent y a Aldington…

—Sí, el mismo. Se llama Benj Thlago —declaró Jarama redondamente.

Kyffer se quedó sin aliento.

—¡Thlago! —repitió —. ¡El prometido de la doctora Won!

—Exactamente. El uniforme que lleva es del Campo de Aclimatación Marciano número dos y las cifras siguientes a las tres iniciales y el número citado componen el de su serie en dicho campo —explicó Jarama.

Kyffer se pasó una mano por la cara.

—No lo entiendo. Si él está allí... ¿cómo pudo...?

Jarama frunció el ceño.

—Me siento tan desconcertado como usted —dijo—. Thlago está en Marte, sufriendo su período de aclimatación previo al regreso a la Tierra, como ocurre con todos los astronautas que han permanecido una temporada más allá del cinturón de asteroides, cualquiera que sea el lugar donde hayan podido estar. Los controles son muy estrictos y no creo que Thlago haya podido eludirlos..., pero la grabación fílmica no miente, a menos que nosotros hayamos visto visiones. Y he hecho repetir esa grabación varias veces y le aseguro que la cámara funcionó perfectamente.

—Los aparatos mecánicos impresionan lo que sucede ante ellos, no son propensos a fantasías, y menos una cámara de filmar —dijo Kyffer.

—Estoy de acuerdo con usted. Y ello nos vuelve de nuevo a la primera pregunta: ¿Cómo logró llegar Thlago hasta la Tierra?

—¿Ha comprobado si sigue en el C.A.M? —preguntó Kyffer.

—Sí, Thlago continúa en Marte; sobre eso, no hay la menor duda —respondió el Subcoordinador—. He hecho una gestión reservadísima y la respuesta ha sido positiva.

—Cabe que dejara un doble en su lugar... —apuntó el detective.

—No lo creo. Recuerde los controles, Kyffer.

—Pero puede haberlos salvado, adoptando otra personalidad.

—Quizá —admitió Jarama sin mucho entusiasmo—. Pero, ¿se cambió también las huellas dactilares y su fórmula órgano—molecular? Estas cosas no se pueden alterar, aunque uno cambie radicalmente su aspecto externo... y son los primeros datos que se registran y comprueban en los controles. No, Thlago está allí —concluyó el subcoordinador con rotundo acento.

Kyffer meditó un instante.

—Tal vez la doctora Won sepa algo al respecto —indicó dubitativamente.

—Tiene que saberlo, sobre todo, si consideramos que falseó deliberadamente el resultado de la autopsia que practicó a Rockent.

Kyffer sintió un repentino interés por aquellas palabras.

—¿Se sabe ya de qué han muerto Rockent y Aldington? —preguntó ávidamente.

—Sí —contestó el Subcoordinador—. Los exámenes realizados

en ambos cadáveres dan como resultado muerte por parálisis cardíaca, debido a uno descarga de altísimo voltaje, muy breve, de fracciones de segundo, pero suficiente para causar la muerte instantáneamente, sin carbonización.

Kyffer abrió la boca de par en par.

—¿Despide… Thlago electricidad? —dijo atónito.

Jarama hizo una mueca de malhumor.

—No lo sé, pero eso es lo que hay, Kyffer. Está en Marte, puede desplazarse en el tiempo y en el espacio poco menos que instantáneamente… mata a las personas por simple contacto… Es un misterio, un terrible misterio, cuya solución tal vez esté en manos de la doctora Won.

Kyffer se acarició la mandíbula con gesto meditabundo.

—Está bien, señor —dijo al cabo de unos segundos de silencio—. Tal vez, en efecto, sea ella la dueña de la solución. Pero si eso es así, créame que acabaré por arrancársela… ¡Al precio que sea! —concluyó tajantemente.

La respuesta del Subcoordinador fue tan lacónica como expresiva:

—Tiene carta blanca para ello, Kyffer —dijo.

CAPÍTULO X

Era de noche cerrada cuando Kyffer, después de un día sumamente agitado, llegaba a la puerta del apartamiento donde residía Edith.

Dos o tres timbrazos, seguidos de un persistente silencio, le indicaron que la joven se hallaba ausente. Tras reflexionar algunos momentos, creyó haber hallado la solución.

Poco después, se hallaba a bordo de su aeromóvil, del que se apeó a cosa de quinientos metros de «El Albatros de Plata». Dejó el aparato en un lugar discreto y cubrió a pie el resto de la distancia.

Entró en la taberna. Contemplando la fauna humana que pululaba en el interior del establecimiento, Kyffer se dijo que su amigo Gay debería darse una vuelta por allí, para «sanear» un poco el ambiente. Pero no era cuenta suya y su misión en aquel lugar era muy distinta.

Buscó una mesa y se sentó. Apenas lo había hecho, se le acercó una conocida suya.

—Hola —le saludó la opulenta Sissy, con las manos apoyadas en las caderas—. Creí que habrías llegado a olvidarte de mí.

Kyffer emitió una aduladora sonrisa.

—Quien te vio una vez, no puede olvidarte jamás —contestó—. ¿Alternas con la clientela, guapa?

—Si la clientela lo merece… —contestó ella insinuantemente.

—En tal caso, tráete una botella de lo mejor y dos vasos.

Sissy le guiñó un ojo.

—Al momento, buen mozo.

Kyffer se colocó un pitillo en la boca, mientras recorría con la vista la abigarrada clientela del establecimiento. Se sorprendió mucho de no ver al tahúr del espacio y se preguntó dónde podría estar.

¿Y Edith?

Tampoco se veía a la joven. Kyffer empezó a pensar que había cometido un error creyendo que Edith Won iba a acudir aquella noche a «El Albatros de Plata».

Preparó el receptor de radio para utilizarlo cuando conviniera. Sissy llegó en aquel momento con la botella y las dos copas.

—Me gustas —dijo la camarera redondamente—. ¿Llegaste a decirme tu nombre la última vez que nos vimos?

—Llámame Tel y no te preocupes de más —sonrió Kyffer.

—De acuerdo, Tel. —Sissy llenó las copas, entregó una a Kyffer y levantó la suya—. Por nosotros dos.

—Un brindis adecuado —convino el detective—. ¿Sabes dónde está René?

—Creo que ya no puede tardar mucho en venir… Oye, ¿qué te pasa? Creí que íbamos a ocuparnos de nosotros mismos…

—Todo se puede compaginar —dijo Kyffer—. Pero es que también tengo negocios con René.

Sissy frunció el ceño.

—Ándate con cuidado, Tel; es un mal bicho —dijo.

—Tendré en cuenta tu consejo. Una pregunta, Sissy.

—Las que quieras, Tel.

—¿Recuerdas a aquella muchacha tan guapa que estuvo hace noches en este mismo sitio, hablando con René?

Ella le dirigió una mirada llena de suspicacia.

—¿Qué te pasa, Tel? ¿Acaso la estás siguiendo? ¿Es tu mujer y no te gusta que frecuente ciertos ambientes?

—No es mi mujer y no me importa los lugares adonde pueda ir, salvo por una cosa…

Kyffer se interrumpió de repente.

Hacía unos minutos que notaba una extraña sensación, como si la vista de una persona estuviese constantemente fija en él. De pronto, descubrió al hombre.

Lo reconoció en el acto. Era uno de los dos tipos que habían intentado secuestrar a Edith Won la primera noche que había estado en aquel local.

Otro hombre, caminando despaciosamente, se sentó junto al anterior. Kyffer se dio cuenta de que era el compañero del primero; había simulado no verle, pero también conocía su presencia en la taberna.

—¿Qué te ocurre, Tel? —preguntó Sissy, extrañada por el silencio del detective.

Kyffer apuró el contenido de su copa.

—Nada de particular, Sissy, excepto que hay dos sujetos que me miran demasiado. Con disimulo, están en la cuarta mesa, contando a partir de la derecha de la entrada.

Sissy comprendió rápidamente el significado de aquellas palabras. Al cabo de unos momentos, pudo volver la cabeza.

Se estremeció.

—Cuidado, Tel —murmuró en voz baja—. Son Háneas y Lugg, dos asesinos profesionales, con menos escrúpulos que un hambriento delante de un plato de carne asada.

—Vaya clientela la de esta taberna —sonrió Kyffer—. ¿Trabajan para Rene?

—Y para ti, si les pagases bien sus «servicios» —contestó intencionadamente la opulenta camarera.

—Pero ahora son «súbditos» de Rene.

—Eso parece —admitió Sissy—. Oye, ¿por qué te preocupas tanto de ellos?

Kyffer iba a contestar con una evasiva, cuando, de repente, vio que se abría la puerta y que René Couzeau aparecía en el local. El tahúr del espacio avanzó unos pasos, deteniéndose a corta distancia

de la entrada.

Exploró el ambiente con la vista. Kyffer bajó la cabeza un poco, a fin de evitar que el sujeto le reconociese. Súbitamente, Couzeau sonrió y avanzó hacia un rincón de la taberna.

En aquel sector había unos mamparos de separación, que constituían una especie de reservados, aunque su cierre no era total. Kyffer vio entonces que un par de esbeltas piernas asomaban por uno de los mamparos y supo así que Edith había llegado antes que él.

—Esa chica está aquí, Sissy —dijo ceñudamente.

—Ya lo sé —contestó ella con tranquilo acento—. Me preguntaste por ella y no me dejaste aclarar...

Kyffer movió una mano.

—Calla un momento, por favor —recomendó.

Ella le miró extrañadamente. Kyffer trataba de escuchar el diálogo que se producía entre Edith y el tahúr del espacio.

Las palabras, sin embargo, llegaban de una manera confusa. Kyffer comprendió que el mamparo dificultaba la transmisión.

El metal, en forma de rejilla, muy espesa, entraba en buena parte en la composición del mamparo. Ahora no sucedía como la vez anterior, en que Edith y Couzeau estaban situados casi frente a él, sin el menor obstáculo entre sus respectivas posiciones.

De pronto, Edith y el francés se levantaron y, juntos, caminaron hacia una puertecita que había situada no lejos de aquel lugar. Tras abrirla, desaparecieron en el acto al otro lado.

Kyffer se mordió los labios. El gesto de la pareja constituía un serio contratiempo.

No tenía otro remedio que hallar una solución, al precio que fuera. Poniéndose en pie, dejó unas monedas sobre la mesa.

—Sissy, lo lamento, pero tendrás que dispensarme —dijo.

La camarera le dirigió una mirada entre irritada y conmiserativa.

—Ella no es tu mujer, pero tú estás que muerdes —comentó ácidamente.

—Tal vez —contestó Kyffer—. Repito, dispénsame.

—Me has estado usando como pantalla —se quejó Sissy amargamente, pero Kyffer ya no la escuchaba.

El detective avanzó hacia la puerta y la abrió, quedando frente a

un largo pasillo, no demasiado alumbrado, en el que, a derecha e izquierda, se divisaban varias puertas.

Perplejo, se preguntó cuál de ellas habían utilizado Edith y el tahúr del espacio. Dio unos cuantos pasos en el interior del pasillo y entonces sintió una voz a su espalda.

—Amigo, éste es un lugar al que no se puede entrar sin permiso.

Kyffer se volvió. Uno de los dos matones de Couzeau, Háneas, estaba frente a él, y le miraba con torva expresión.

Lugg apareció instantes más tarde. Kyffer retrocedió un par de pasos.

—Éste es el tipo que nos golpeó el otro día —dijo Lugg rencorosamente.

—Nos cogió por sorpresa —declaró Háneas.

Lugg cerró la puerta.

—Bueno, vamos a ver si ahora se siente tan valiente —comentó.

—Tú por la izquierda, yo por la derecha —indicó Háneas.

—De acuerdo, compañero.

El pasillo tenía cierta amplitud. Kyffer comprendió que los dos matones querían atraparle en medio a fin de combatirle mejor.

Retrocedió dos o tres pasos más. Súbitamente, Háneas saltó sobre él.

Kyffer giró un cuarto de vuelta a su derecha y dio un paso hacia atrás. El golpe de Háneas se perdió en el vacío.

Háneas trastabilló y juró, mientras se esforzaba en recobrar el equilibrio. Kyffer levantó el pie derecho y golpeó duramente en el costado, lanzándole con terrible ímpetu contra la pared opuesta.

Se oyó un sordo crujido. La cabeza de Háneas chocó contra la pared y el matón cayó al suelo en el acto.

Inmediatamente, Kyffer dio otro salto, esquivando por centímetros un terrible «viaje» que Lugg le tiraba con un objeto contundente. La porra de plomo, forrada de cuero, impactó en una puerta y la madera se resquebrajó.

Un segundo después, Kyffer agarraba la muñeca de su adversario y, con una habilísima torsión, le colocaba el brazo a la espalda, al mismo tiempo que le hacía girar en redondo. Apoyó la otra mano en su nuca y lo empujó hacia adelante con todas sus fuerzas.

La cara de Lugg se estrelló contra la pared con terrible violencia. Se oyó un chasquido de huesos, un rugido de dolor y luego, al soltar

Kyffer su presa, el matón cayó al suelo hecho un ovillo, consciente, pero incapacitado de reaccionar a causa del terrible dolor que sentía.

En aquel momento, Kyffer oyó ruido a su derecha.

Se volvió. Háneas había reaccionado velozmente y cargaba de nuevo hacia él.

Kyffer retrocedió un paso, pero no pudo evitar un golpe en el hombro izquierdo que lo lanzó contra la pared. Inspiró profundamente y amenguó los efectos del choque, tensando los músculos de la espalda.

Frente a él, Háneas le contemplaba torvamente. De pronto, el matón golpeó el suelo con el tacón de su zapato.

Se oyó un leve chasquido. Algo brillante surgió en la punta del zapato.

Era un agudo estilete, de unos dos centímetros de ancho, por doce o catorce de longitud, con el filo de una navaja de afeitar y una punta agudísima, un arma que, bien empleada, podía desventrar a una persona de un solo golpe.

Háneas captó el gesto de aprensión del joven y emitió una sonrisa llena de sadismo. Durante unos segundos, no se oyó en el pasillo otro ruido que el que producía Lugg al quejarse monótonamente.

De pronto, Háneas saltó hacia adelante, avanzando el pie izquierdo, como si fuese a patear la ingle de su adversario. Kyffer captó en el acto sus intenciones y no se ladeó hacia su izquierda, como había esperado el matón.

El golpe era solamente un amago. Háneas esperaba que Kyffer se ladease hacia el costado opuesto y, sin solución de continuidad, levantó el pie derecho, anticipándose a la presunta acción del detective.

Si Kyffer hubiera hecho lo que el matón quería, allí se hubiera terminado la historia, al encontrar el cuchillo su blanco humano. Pero el detective aguantó con firmeza en su sitio y Háneas no tuvo tiempo de rectificar sus acciones.

El matón fue víctima de sus propias intenciones. La aguzada punta del cuchillo se clavó profundamente en la madera de una puerta, a ochenta o noventa centímetros del suelo, produciendo un escalofriante sonido.

Háneas juró, mientras forcejaba para desclavar el cuchillo. Kyffer no le dio tiempo.

Saltó hacia él y le golpeó con los filos de sus dos manos en ambos lados de su cabeza, a ras de los lóbulos inferiores de las orejas. Háneas emitió un rugido inhumano y se desplomó al suelo, pero quedando sujeto a la puerta por su propia arma.

Kyffer arrojó un vistazo al otro matón. Lugg tardaría mucho más en reaccionar. Aún continuaba en la misma posición, inutilizado por el formidable golpe recibido.

Tranquilo al respecto, Kyffer abrió todas las puertas, una tras otra.

Segundos después, emitía un juramento de rabia.

Edith y el tahúr del espacio habían desaparecido.

Kyffer adivinó minutos más tarde, la forma en que la pareja había escapado de aquel lugar.

Cien años atrás, el edificio donde estaba la taberna podía haber sido un compendio de modernismo, pero ya resultaba ahora una antigualla. Incluso tenía un patiezuelo posterior, destinado a almacén de trastos viejos, entre otras cosas.

El patio era lo suficientemente amplio para contener un aeromóvil. Si se tenía en cuenta que el aparato podía despegar verticalmente, se comprendía con facilidad que Edith y Couzeau hubieran podido marcharse sin dificultad alguna.

Kyffer maldijo al inventor de la propulsión anti—gravitatoria y maldijo también al gobierno local de la ciudad, por permitir la existencia de un barrio de tan pésima fama.

—Si al menos hubiera algún monumento artístico digno de ser conservado... —masculló.

Pero lo más parecido a un monumento era Sissy, la camarera... y ya tenía ella buen cuidado de conservarse por sí misma.

Los dos rufianes continuaban fuera de combate. Kyffer efectuó un rápido registro en las habitaciones que daban al pasillo, pero no pudo encontrar nada de particular.

Volvió al salón. Era inútil, se dijo, correr tras la pareja, sin conocer su destino.

Pero había un medio de saberlo.

Sissy volvió a él minutos más tarde. La camarera le miró con expresión irónica.

—Tengo la impresión de que a tu chica le han salido alas en los pies... además de un buen sustituto tuyo —dijo.

—Puede que tengas razón —contestó el joven. Sacó un billete de cinco créditos y lo puso sobre la mesa, tapándolo a medias con una mano—. ¿Dónde vive René? —preguntó.

—Guárdate ese billete —dijo Sissy desdeñosamente—. Yo, a los amigos, no les cobro los favores.

—Gracias, Sissy. Acaso algún día tengas necesidad de mí. En tal caso, llámame a la Coordinación de Orden. Mi apellido es Kyffer.

—¡Vaya! —resopló la mujer—. Así que eres un polizonte.

—Ya ves —contestó Kyffer, con una sonrisa de circunstancias—. Bien, ¿dónde vive René?

—Explanada 70, edificio 3. Es todo lo que sé.

Kyffer se puso en pie y puso el billete en la mano de la camarera.

—De todas formas, cómprate un buen frasco de perfume —dijo —. Me gustaría quedarme contigo...

—Sí, ya sé —dijo Sissy, con un enorme suspiro, que puso de relieve los abundantes encantos de su busto—, el deber te llama. Suerte, Tel.

—La necesitaré —admitió Kyffer escuetamente.

CAPÍTULO XI

Para entrar en la casa de Couzeau, Kyffer hubiera necesitado algunos aparatos de los que, en el momento presente, estaba desprovisto. Corriendo el albur de un fracaso, decidió tomar otra dirección.

Las horas pasaron lentamente, antes de que, al fin, el ruidito de una llave en la cerradura le despertara de la duermevela en que había caído durante su espera. Kyffer se despabiló en el acto, pero continuó en el mismo sitio, sentado en un sillón situado en un ángulo de la estancia.

La puerta se abrió. Una mano buscó el interruptor de la luz y las tinieblas se disiparon.

Edith Won dio unos pasos en el interior del piso. De repente, vio al detective y se detuvo, pálida de indignación.

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó con voz poco amistosa.

—Aguardándola a usted, doctora —respondió Kyffer, sin variar de postura—. ¿Quiere sentarse? Tenemos mucho que hablar…

—Se equivoca —atajó ella fríamente—. Usted y yo nos hemos dicho todo. Perdone, pero voy a cambiarme de ropa.

Y reanudó su camino hacia las habitaciones inferiores, altiva y orgullosa.

—Esperaré todo lo que sea necesario —dijo Kyffer tranquilamente—. Total, lo que tenemos que hablar no es mucho… una autopsia falsificada, un asesino llamado Thlago… un asunto de contrabando de «saturnyta»…

Edith se detuvo en seco.

—¡Benj no es ningún asesino! —protestó con vehemencia.

—En tal caso, si no lo es, ¿por qué falseó usted su informe forense?

—Dije la verdad…

—Otros forenses han realizado la autopsia de los cuerpos de Rockent y de Aldington. El informe es concluyente: paro cardíaco por electrocución.

—¡No…! —Edith se calló de pronto, mordiéndose los labios con cara preocupada.

—¿Por qué no sigue? ¿Qué es lo que oculta? —dijo Kyffer sonriendo—. ¿Acaso se ha convertido en cómplice de su prometido?

Edith giró de pronto y le miró con ojos llameantes.

—¿Cómo puede asegurar que Benj es el autor de esas dos muertes? —inquirió.

—Tenemos pruebas concluyentes, doctora.

—¡Pero él está en Marte! —alegó la joven—. Es materialmente imposible que haya podido desplazarse hasta la Tierra…

—Usted lo ha dicho con toda claridad: «materialmente». Pero, ¿no cabe la posibilidad de que ese traslado haya podido ser realizado de otra manera, muy distinta a las habitualmente conocidas?

—¿Qué es lo que quiere decir?

Kyffer se puso en pie.

—Poseemos una grabación fílmica de los últimos momentos de Aldington. Resulta que Aldington estaba siendo espiado por un marido celoso, el que encomendó su vigilancia a una agencia de

informaciones. Uno de los empleados de dicha agencia colocó una grabadora en el domicilio de Aldington... y el aparato recogió gráficamente el momento de su muerte. Las imágenes, sin lugar a dudas, prueban que fue Thlago el asesino.

Edith se pasó una mano por la frente.

—¡Dios mío! —murmuró—. ¡Nunca hubiese creído que pudiera llegar a tales extremos!

—Ah, luego usted sabía algo al respecto —dijo Kyffer.

Ella vaciló en la respuesta.

—Le aseguro que yo sólo trataba de...

Y se calló súbitamente.

—¿Sólo trataba de... lo que fuera, falseando sus informes y traicionando por un hombre a la confianza que sus jefes habían depositado en usted?

—¡Por Dios, no me atosigue! —pidió Edith con voz crispada.

—Se han producido dos muertes —dijo Kyffer serenamente—. Usted, al emitir un informe falso, al negarse a cumplir con su deber, se ha convertido en cómplice de un asesino, le guste o no esa definición, doctora Won.

—Insisto en que Benj está en Marte, detective.

—De una forma u otra, él ha conseguido desplazarse hasta la Tierra, y no se trata tan sólo de falsas imágenes, sino de él, en persona, porque hasta el sonido de su voz ha sido recogido en la grabación.

Kyffer hizo una corta pausa.

—Y es una lástima —añadió—, porque usted traiciona a las gentes honradas, no por un equivocado sentido del deber, sino por un vulgar y nada limpio asunto de contrabando.

Se dirigió hacia la puerta.

—Lo siento por usted, doctora —dijo—. Resulta lastimoso que una mujer, además de joven y hermosa, ponderada, se haya dejado arrastrar por un equivocado sentimiento de cariño hacia un hombre que no es sino un rufián y un asesino de la peor especie. Por ahora, sólo tenemos en su contra el informe falso de la autopsia de Rockent, pero debe ir pensando en las graves consecuencias que puede tener para usted una absurda persistencia en tan estúpida actitud.

—¡Espere! —dijo Edith, viendo que el joven se disponía a salir

—. Quiero preguntarle una cosa.

—¿Sí? —murmuró Kyffer.

—Benj está en Marte, en período de aclimatación. ¿Cómo explica usted que se haya desplazado hasta la Tierra? Antes dijo que ese desplazamiento no había sido estrictamente material.

—A mí me gustaría también saber cómo lo ha conseguido —repuso el detective—. Y usted podría ayudarme, pero, a lo que prefiere, le agrada más la compañía de cierto tahúr del espacio llamado Rene Couzeau.

Edith enrojeció vivamente.

—Tenemos el mismo objetivo, pero seguimos distintos caminos —contestó.

—Para observar la ley, no hay más que un camino, doctora; usted sabe de sobra cuál es. Ya conoce mi dirección; si cambia de pensamiento antes de que sea demasiado tarde, avíseme.

Ella no contestó.

En el momento de salir, Kyffer la miró.

Edith tenía la cabeza baja. Dos lágrimas rodaban por sus mejillas.

Kyffer conocía las causas de aquel llanto.

Ella había perdido la fe que un tiempo atrás depositara en Benj Thlago.

Ahora, se dijo, mientras cerraba la puerta, sólo era cuestión de tiempo el que Edith terminara confesando cuanto sabía. Kyffer confiaba en que Edith no se demorara demasiado.

Pero al pensar que había pasado tantas horas junto al tahúr del espacio, sintió algo muy parecido a la rabia.

Y le entraron unas ganas terribles de machacar a puñetazos las narices de Rene Couzeau.

* * *

Anochecía.

Situados en un lugar estratégico, Kyffer, junto con un ayudante que se había procurado para la ocasión, el sargento Innes, vigilaba la casa número 3 de la explanada 70,

Era un edificio enorme, de varios cientos de metros de altura y con una base de casi medio kilómetro cuadrado. Constantemente,

de su azotea, despegaban y aterrizaban aeromóviles que transportaban en su interior a inquilinos y habitantes del edificio.

El sargento Innes le hizo de pronto una señal.

—Señor, anuncian que Couzeau acaba de abandonar el edificio en su vehículo —dijo.

—Muy bien. Dé la orden de que le sigan dondequiera que vaya y que observen todos sus pasos. Eso es todo por ahora.

—Sí, señor.

Kyffer sabía adónde iba el tahúr del espacio. Volvería de nuevo a su guarida, «El Albatros de Plata». ¿Se reuniría Edith con él?, se preguntó con amargo resentimiento.

—Transmitida su orden, señor —anunció de pronto el sargento Innes.

—Muy bien, vamos.

Los dos hombres cruzaron la explanada calmosamente, sin prisas, como dos transeúntes cualesquiera. Llevaban en las manos sendos maletines de aspecto corriente, pero que, en realidad, contenían las herramientas que iban a necesitar.

Minutos después, el ascensor les dejaba en un pasillo situado a doscientos cincuenta metros del suelo. Kyffer buscó la puerta correspondiente al piso de Couzeau y unos segundos más tarde, tenían libre el paso.

Sin pérdida de tiempo, empezaron a trabajar. Kyffer extrajo un detector de metales y lo acercó a uno de los muros.

—Positivo —dijo, satisfecho, al observar la intensidad de los pitidos del aparato.

Innes sacó de su maletín una especie de perforadora de diminuto tamaño, y tras conectarla a la corriente, aplicó la broca a la pared,

No tuvo que esforzarse demasiado; a cinco centímetros bajo el recubrimiento de material, la broca tropezó con un cuerpo duro.

—Es «saturnyta», señor —informó el sargento.

—Muy bien —dijo Kyffer—. Veamos ahora cuáles son las dimensiones de la plancha.

El detector establecería los límites. Al atenuarse sus pitidos, se sabría que el aparato funcionaba «fuera» del espacio ocupado por la plancha del metal prohibido.

Pero los pitidos continuaban siendo muy intensos en cualquier dirección que se enfocara el detector.

—¡Cáscaras! —exclamó Innes—. ¡Esta casa está llena de «saturnyta»!

Kyffer arrugó el entrecejo. Los pitidos del detector no cedían en intensidad.

—Perfore aquí… y aquí… y aquí…

Innes trabajó rápida y activamente con la perforadora. Un cuarto de hora más tarde, los dos hombres llegaron a una aterradora conclusión, que no era sino confirmación de las primeras y asombradas palabras del sargento.

—La habitación está forrada totalmente de «saturnyta» —dijo Kyffer, estupefacto.

—¡Pero eso no es posible, señor! —exclamó Innes.

—Lo estamos viendo, ¿no? —rezongó el joven.

—No lo entiendo —murmuró Innes—. Escuche, señor; un metro cuadrado de «saturnyta», si la plancha mide un centímetro de espesor tan sólo, pesará setecientos setenta kilos. Puesto que toda la casa está forrada de ese metal, lo que significa que hay por lo menos ciento veinte metros cuadrados de «saturnyta»…

—Sin contar los techos, donde no hemos explorado —dijo Kyffer.

—Sin contar los techos —admitió Innes—. Pues bien, esos ciento veinte metros cuadrados de «saturnyta»… ¡darían noventa y dos toneladas y media! ¡El edificio se hundiría; no está calculada su estructura para un peso adicional semejante!

—Y si a ello añadimos el metal del techo, que debe de pesar, por lo menos, otro tanto, tenemos entonces que estamos rodeados por casi doscientas toneladas de ese metal —calculó el detective—. Pero usted olvida una cosa, Innes.

—¿Cuál es, señor?

—Sencillamente, se trata de «saturnyta» modificada por el tratamiento eléctrico adecuado y, por tanto, su peso es mínimo.

—¡Pero no se pueden tratar en la Tierra clandestinamente nada menos que doscientas toneladas de metal! —alegó Innes—. ¡Cielos, la cabeza se me va cuando pienso en su valor!

Kyffer sonrió.

—Verá, doscientos mil kilos a diez mil créditos el kilo son nada menos que dos mil millones de créditos. Una futesa, Innes.

El sargento meneó la cabeza.

—Será «saturnyta», pero me da la impresión de que estamos rodeados de oro —comentó, absorto.

—La «saturnyta» vale más que el oro, Innes —dijo Kyffer sentenciosamente.

—Estoy pensando en una cosa, señor —manifestó Innes con acento reflexivo.

—¿Cuál, sargento?

—Señor, opino que, en alguna estación espacial, se ha montado una central transformadora del metal. De otro modo, no se podría transportar hasta la Tierra, dado su extraordinario peso en estado nativo.

—Sí, lo mismo creo yo —convino Kyffer preocupadamente—. Y el quid de la cuestión estriba ahora en saber dónde se halla esa central transformadora… y también en conocer el medio empleado para el transporte clandestino.

CAPÍTULO XII

Después de aquellas palabras, Kyffer reflexionó durante unos segundos, mientras Innes aguardaba expectantemente su decisión.

Era preciso detener a un asesino, que mataba en la Tierra, residiendo en Marte... pero, al mismo tiempo, había que resolver el problema de llevarse de allí todo el metal prohibido.

Habría que poner la casa patas arriba, pensó Kyffer. Pero el tahúr del espacio era cómplice también de los asesinatos. Lo que convenía ahora, se dijo, era hacer hablar a Couzeau.

—Innes, de momento dejaremos todo tal como está —decidió finalmente.

—Muy bien, señor —contestó el sargento sin pestañear.

Inmediatamente, se aplicó a la tarea de tapar los agujeros. Un cuarto de hora más tarde, había terminado.

Después recogió el polvo de yeso caído en el suelo, dejándolo completamente limpio. Era preciso evitar que el dueño del departamento viera señales de su paso.

De pronto, oyeron ruido en la puerta.

—Venga, pronto, Innes —dijo Kyffer en voz baja.

Los dos hombres corrieron hasta una puerta inmediata, que

dejaron entreabierta. Kyffer aprestó su pistola de choque.

Un hombre entró segundos más tarde en su campo visual.

Era Harry Seel. Kyffer contuvo una exclamación de asombro.

Por un momento, llegó a temer que Seel descubriera su presencia en aquel lugar. Pero el hampón parecía más preocupado por otra cosa.

De uno de sus bolsillos sacó una navaja de grandes dimensiones, que desplegó con una simple presión en el resorte de seguridad. Luego, acercándose a la pared, marcó con la punta, presionando con fuerza, un cuadrado de medio metro de lado.

Volvió a pasar la navaja por las líneas demarcadas, acentuando la presión. Luego hizo palanca con la misma hoja y un trozo de la pared saltó en fragmentos, que cayeron al suelo sin gran ruido.

Seel volvió a usar la navaja. Tanteó un poco y acabó desprendiendo un trozo de metal de unos cincuenta centímetros de lado.

A continuación, y con gran asombro de los policías, Seel enrolló el metal como si fuese simple cartulina. Sacó un gran pañuelo del bolsillo, envolvió el rollo y se dispuso a abandonar el piso.

Kyffer comprendió las intenciones del hampón. Seel se sabía perseguido por el crimen cometido y quería vender el trozo de plancha metálica para obtener algunos miles de créditos.

Era preciso impedirlo. Abrió la puerta y encañonó al hampón con su pistola.

—¡Quieto, Seel!

La sorpresa del rufián fue enorme. Pero no lo fue menos su capacidad de reacción.

El rollo de metal voló por los aires, desviando la pistola de Kyffer. La columna de aire a presión golpeó inútilmente el techo.

Acto seguido, Seel se dispuso a escapar. Lo habría conseguido de no haber sido por la acción de Innes.

El sargento disparó su pistola de choque. Seel recibió el impacto en plena nuca y su cuerpo se arqueó brutalmente hacia atrás.

Se oyó un aterrador crujido. Seel cayó de bruces y se quedó quieto.

Kyffer corrió hacia él y se arrodilló a su lado.

—Está muerto —dijo.

—Lo siento, señor —se excusó el sargento.

Kyffer meneó la cabeza.

—No es suya la culpa —murmuró—. El impacto le cogió en una mala postura y su columna vertebral no pudo soportar la presión.

Se puso en pie.

—Habrá que avisar a Homicidios —añadió—. Dígales que actúen rápidamente; no quiero que Couzeau sepa nada cuando vuelva de la taberna.

—Bien, señor.

Kyffer desenvolvió el metal. Era sorprendentemente ligero.

Tras algunos segundos de reflexión, devolvió su lisura primitiva a la plancha y volvió a colocarla en su sitio.

Minutos después, la habitación había recobrado su aspecto primitivo.

El único rastro del paso de los dos hombres por aquel lugar era el cadáver de un asesino. Pero Couzeau no lo hallaría a su regreso de «El Albatros de Plata».

* * *

Esta vez, Kyffer se apostó en las inmediaciones de la taberna, tras haberse cerciorado, por Innes, que no era conocido en el local, de que Edith Won no había acudido a lo que parecía ser su cotidiana cita con el tahúr del espacio.

No tuvo que esperar demasiado; apenas media hora después de haberse situado en su lugar de observación, vio detenerse un aerotaxi a unos cien metros del local.

Segundos más tarde, era visible la silueta de Edith Won, caminando por la acera hacia la taberna. Kyffer agitó la mano ligeramente.

—Sargento, vaya a colocarse en el lugar que le he dicho.

—Bien, señor.

Edith llegó a la puerta de la taberna. Kyffer observó su nueva vestimenta, blusa sin espalda ni hombreras, pero muy subida por la parte del delantero, pantalones cortos, ajustados a las piernas y zapatos de medio tacón.

La joven empujó la puerta. Inmediatamente. Innes corrió a situarse en su sitio.

Kyffer cruzó la calle y entró en la taberna. Se detuvo en el

umbral y exploró el interior del establecimiento.

Edith había desaparecido. Kyffer se quedó perplejo un instante.

Sissy se le acercó, haciendo ondular generosamente sus opulentas caderas.

—Seguro que no me busca a mí, detective —murmuró.

—Me gustaría poder dedicarte una sesión entera —sonrió Kyffer.

Ella se atusó los cabellos.

—No me halagues con palabritas melosas. Tú no eres para mí... bien, ¿qué se le va a hacer? —suspiró —. Tu chica está ahí adentro.

—¿Dónde? —preguntó Kyffer.

—Pasillo adelante, tercera puerta a la izquierda.

—Gracias, Sissy. Te prometo que no echaré nunca en el olvido este favor que me has hecho.

—Me caíste simpático desde el primer día, y eso que eres detective. Otra vez, ¡suerte!

—Y tú que lo veas —sonrió Kyffer, avanzando hacia un lugar que ya conocía de sobras.

Con el rabillo del ojo divisó a Háneas y a Lugg. Los dos matones consumían apaciblemente unas jarras de cerveza. Kyffer se dio cuenta de que simulaban no haberle visto. Tomando buena nota del detalle, para prevenciones posteriores, abrió la puerta y penetró en el pasillo.

Cerró a sus espaldas y avanzó unos cuantos pasos, hasta alcanzar la puerta que le había señalado la camarera. Aplicó el oído y creyó escuchar la voz de Edith, que sonaba con trémulos de angustia.

La madera, sin embargo, era demasiado gruesa y no permitía captar los sonidos distintamente. Arriesgándose a ser descubierto, Kyffer asió el pomo y lo hizo girar.

De este modo, pudo abrir una estrecha rendija. No podía ver nada, pero sí consiguió escuchar con toda claridad una frase de Edith que le dejó perplejo.

—¡Oh, Benj, Benj! ¿Por qué has hecho todas esas cosas? Has traicionado la confianza que deposité en ti...

Lo más sorprendente de todo fue que el propio Benj Thlago dio una respuesta personal a la joven. Kyffer identificó su voz memorísticamente, recordando la grabación hallada en casa de Aldington.

—Déjate de sandeces, Edith, y haz lo que te digo. Cuanto antes,

¿me has entendido?

CAPÍTULO XIII

Kyffer no salía de su asombro.

Thlago, ¿estaba allí o estaba en Marte?

¿Qué misterio se ocultaba tras la puerta?

Dejó las elucubraciones para más adelante. Ahora, lo que le importaba era seguir oyendo la conversación.

—Haré lo que pueda, Benj —contestó Edith—. Sin embargo, no te aseguro...

—¡Tienes que hacerlo! —exclamó Thlago coléricamente—. ¿Crees que tengo ganas de permanecer aquí durante años enteros? Sí, ya sé que puedo ir y venir cuando quiera, pero mis faltas temporales son fácilmente ocultables. Sin embargo, si quisiera quedarme ahí de manera fija, lo advertirían antes de las veinticuatro horas y todos los policías del planeta se lanzarían detrás de mis huellas. ¡Quiero salir de aquí de una vez! ¿Me has comprendido?

—Está bien, no te enojes, Benj. Vuelve mañana por la noche...

—¡A primera hora de la mañana! —la interrumpió su prometido bruscamente.

—Pero es un tiempo muy corto...

—¡Corto o no, a las ocho en punto estará allí!

El acento de Thlago se dulcificó repentinamente.

—Vamos, muchacha, lo hago por ti. ¿Es que no lo comprendes? Tendrás dinero en abundancia, joyas, pieles, viajarás por donde quieras...

—¿He de aceptar todo eso, a cambio de la vida de dos hombres? —exclamó ella con brusquedad que sorprendió no poco al detective.

—¡Eran dos traidores! —gruñó Thlago.

—A la policía no le consta eso; sólo le consta que mataste a dos personas —alegó Edith—. ¡Oh, Benj, yo te ayudé para mejorar tu estado físico; no para que cometieses unos crímenes tan...!

—Basta —cortó el sujeto secamente—. No olvides que tú también estás complicada en este asunto.

—Si lo hubiera sabido... —se dolió ella.

—Ahora ya es tarde para lamentaciones —dijo Thlago con frío acento—. Haz todo lo que te digo y tenlo listo para mañana a las ocho en punto, tal como hemos quedado de acuerdo.

—Yo no he acordado nada; tú me lo mandas, que es muy distinto.

—Tanto da, Edith. Y no lo olvides, serás rica, muy rica…

Sonó una fuerte carcajada.

A Kyffer le pareció que la risa llegaba de lo más profundo del espacio. Dándose cuenta de que el diálogo llegaba a su fin, empujó la puerta de golpe e irrumpió en la habitación.

Sonó un juramento, seguido de una ahogada exclamación femenina. Kyffer se quedó atónito.

Sólo había dos personas en el lugar: Edith y el tahúr del espacio.

Durante unos segundos, Kyffer creyó haber sido objeto de un engaño, de una ilusión de sus sentidos. Pero la expresión de vivo terror que divisó en la cara de la joven, disipó en el acto todas sus dudas. Couzeau trató de sacar un arma. Kyffer se le adelantó, golpeándole duramente en la mano con la puntera de su zapato.

En el mismo instante, Edith lanzó un agudo grito:

—¡Tel, cuidado, a su espalda!

El joven se volvió. Háneas y Lugg estaban en el umbral de la puerta.

Con el rabillo del ojo, lanzó un rápido vistazo hacia el tahúr del espacio. Couzeau estaba en el suelo, muy ocupado en su mano dolorida.

Háneas sacó un agudo cuchillo a la vez que dirigía al joven una mirada llena de malignidad. Tras él, Lugg sonreía aviesamente.

—Dale, Háneas —bisbiseó.

Háneas avanzó dos pasos.

—Te aseguro que no haré ruido —dijo. Y, de repente, se tiró a fondo, como si el cuchillo fuese una espada.

El acero buscó el bajo vientre de Kyffer. Éste aguardó a pie firme hasta el último instante.

Entonces se ladeó hacia su derecha, dejando pasar el brazo armado de Háneas, que rozó la hebilla de su cinturón. Inmediatamente, disparó sus manos, con las cuales aferró con presa indestructible el antebrazo del matón.

Háneas emitió un rugido de rabia. Su voz se trocó en un alarido

de dolor cuando Kyffer, con gesto veloz, irresistible, ejecutó una fulminante torsión, haciendo dar al matón una terrible voltereta en el aire.

Háneas cayó de bruces, pero se levantó de un salto. Sin embargo, no hizo la menor mención de atacar.

El mango del cuchillo sobresalía del centro de su pecho. Se lo había clavado él mismo al caer en mala postura.

A pesar de todo, continuaba erguido, mirando al joven con ojos desorbitados. Edith se tapaba la boca con una mano para no gritar.

Lugg emitió un bramido de ira. Entonces, Kyffer saltó hacia adelante y empujó a Háneas con todas sus fuerzas.

Háneas golpeó a Lugg y lo derribó al suelo, cayendo inmediatamente sobre él. Lugg maldijo, mientras trataba de desembarazarse de aquel estorbo.

Kyffer le dejó que echara a Háneas a un lado. Cuando Lugg se sentó en el suelo, disparó su pie derecho con resultados contundentes.

Lugg cayó de espaldas, desinteresándose en absoluto de cuanto le rodeaba. En el mismo momento, sonó un grito de Edith.

—¡Tel!

Kyffer se volvió.

Era ya tarde. Bramando y echando espumarajos por la boca, Couzeau caía sobre él.

Algo duro chocó con la frente del detective. Kyffer sintió que se le doblaban las rodillas.

Trató de evitarlo, resistiéndose desesperadamente a caer, mientras los gritos de Edith parecían llegar de muy lejos. Un segundo golpe acabó con su fortaleza.

El tahúr del espacio había usado la culata de una pistola de choque. Volvió el arma y apuntó a la sien del detective caído en el suelo.

La pistola de choque no solía ser mortal, salvo en casos excepcionales. No obstante, un disparo hecho a tan corta distancia y dirigido a la sien, podía fracturar fácilmente los huesos del cráneo.

—Si no le rompo la cabeza a la primera, a la segunda… —dijo, rabiando de ira.

—¡Quieto! —gritó Edith en aquel momento.

Couzeau se volvió hacia la joven.

—¿Qué diablos quiere ahora? ¡Este hombre es un peligro para,..!

—Si dispara contra él, no haré nada —aseguró Edith.

El hampón hizo una mueca.

—Creí que le interesaba Benj Thlago —dijo.

—Eso no importa ahora —eludió ella una respuesta concreta—. Lo que quiero es que no se cometan más crímenes.

—Está bien —rezongó el tahúr, enfundando la pistola a desgana —. Al menos, permitirá que lo inutilice durante un largo rato.

—¿Qué piensa hacer con él?

—Atarle, por supuesto. Quiero tener las manos libres hasta mañana a las ocho.

Edith vaciló un instante.

—De acuerdo, pero sólo atado y amordazado —aceptó.

Couzeau asintió, a la vez que ocultaba una pérfida sonrisa.

El detective moriría... apenas despertase Lugg.

—Vamos —dijo más larde, tomando a la joven de la mano.

Salieron de la habitación. Couzeau cerró la puerta.

Cuando Lugg recobrase el conocimiento, disfrutaría vengándose de Kyffer. El resultado sería el mismo, aunque tardase un poco más.

Couzeau condujo a la joven hacia el patio posterior, donde tenía estacionado su aeromóvil. Salió afuera y se dispuso a entrar en el aparato.

Una voz cortó en seco su movimiento.

—Le aconsejo que no trate de escapar —dijo entonces el sargento Innes,

Couzeau emitió una terrible interjección. Permaneció un momento inmóvil y luego giró en redondo sobre sí mismo, velozmente, mientras trataba de sacar su pistola de choque.

Innes se le anticipó. Estaba a menos de tres metros y su pistola emitió un vibrante cañonazo.

Couzeau lanzó un sordo gruñido. Soltó el arma y se llevó ambas manos a la garganta, mientras se tambaleaba como un beodo.

De pronto cayó al suelo. Perneó un poco y luego se quedó quieto.

Edith permanecía inmóvil, como idiotizada. Seguro de que la joven no iba a reaccionar, Innes se agachó y examinó el cuerpo de Couzeau.

—¡Vaya! —murmuró—. No estoy de suerte con esta pistolita.

—¿Ha… ha muerto? —preguntó Edith, con un hilo de voz.

Innes se incorporó.

—Creo que sí —dijo, mirándola—. Sospecho que el golpazo le destrozó la tráquea, pero… ¿dónde está mi jefe?

—¿Se refiere al detective Kyffer?

—No hablaba de otro, doctora.

—Venga conmigo, por favor.

Edith giró sobre sus talones, mientras el sargento ponía en marcha el diminuto compresor que servía para recargar el arma en contados segundos, Recorrieron el pasillo y llegaron a la habitación.

—Aquí está —dijo—. Couzeau quería rematarlo, pero yo me opuse.

—Si eso es cierto, el detective Kyffer tendrá mucho que agradecerle, doctora —declaró Innes.

Abrió la puerta. Lugg se levantaba en aquellos momentos.

—Será mejor que ponga las manos en alto —indicó el sargento persuasivamente.

Lugg se volvió. Divisó la pistola y obedeció sin una sola palabra.

—Apártese a aquel rincón y póngase cara a la pared, con las manos en la nuca —ordenó Innes—. ¿Doctora…?

—Sí, claro —contestó Edith.

Arrodillándose junto a Kyffer, procedió a desatarle. El detective empezaba ya a recobrar el conocimiento.

Edith le aplicó unas compresas de agua fría en la frente. Luego buscó en un aparador y llenó una copa.

El alcohol terminó de reanimar a Kyffer.

—¡Uf! —dijo, haciendo una mueca—. ¡Cómo duele!

Estaba sentado en el suelo. Hizo un esfuerzo y se puso en pie.

—Gracias, sargento —dijo—. ¿Qué ha sido del otro?

—Si se refiere al tipo que estaba con la doctora, lamento tener que informarle de su muerte, señor.

Kyffer arqueó las cejas con gesto inquisitivo. Innes explicó:

—Trató de dispararme, pero me anticipé a él. Apunté sin querer, demasiado alto y…

—Está bien, sargento, no siga. —Kyffer miró a la joven—. Usted y yo tendríamos que hablar largo y tendido, aunque me parece que este no es el lugar más apropiado.

Edith enrojeció vivamente.

Bajó la cabeza.

—Soy cómplice de dos asesinatos —murmuró—. Está en su derecho al llevarme arrestada a su…

Kyffer sonrió.

“Mi oficina es el lugar menos adecuado para conversar en estos momentos —dijo—. Le propongo ir a su casa, doctora.

Edith asintió.

—No tengo medios para oponerme —contestó.

—Muy bien. Sargento, usted se encargará del resto. Si ocurriese, algo de importancia, llámeme al domicilio de la doctora Won.

—Como usted ordene, señor —respondió Innes.

CAPÍTULO XIV

Kyffer se movió por la casa con la soltura propia de un dueño, mientras Edith, abatida, permanecía sentada en un sillón. El joven preparó una cafetera llena, bocadillos y leche y luego puso la bandeja sobre una mesita.

—Acérquese y coma algo —invitó, una vez tuvo todo listo.

—No tengo ganas —dijo Edith.

—Bueno, al menos, tome una taza de café —insistió él, mientras se llenaba un vaso de leche.

Con el vaso en una mano y un monumental bocadillo en la otra, miró a la joven y sonrió.

—Admitiré sus explicaciones, doctora, y también admitiré que Thlago la engañó —dijo—. ¿Quiere contarme todo lo que sabe? Recuerde que puede ser importante para su futuro.

Ella suspiró profundamente.

—¿Qué me harán? —quiso saber.

Kyffer se encogió de hombros.

—No se irá de rositas, pero, si nos ayuda, su sanción será mucho más leve. Además, no olvide que el hombre con quien se va a casar…

—¡Ya no me casaré con él! —protestó Edith con singular vehemencia.

—Menos mal que empieza a ver las cosas con claridad —sonrió el detective—. Bueno, Thlago es un asesino, de eso no cabe la

menor duda; es lo que quería decirle. Usted conserva aún la suficiente honestidad para no seguir siendo su cómplice.

Ella asintió.

—Tiene usted razón —contestó—. Por favor, póngame un poco de café.

—Con mucho gusto, doctora,

Edith tomó unos sorbos de café. Luego, reclinándose en el diván, empezó a hablar:

—Benj era médico en una estación avanzada, situada en los anillos de Saturno. En esa estación se extraían grandes cantidades de «saturnyta», por supuesto, mediante una concesión legal autorizada por el gobierno.

»Lo he sabido después. Benj tenía poco trabajo y acostumbraba a darse grandes paseos en un pequeño cohete por las inmediaciones de la estación, En uno de esos paseos descubrió un yacimiento de «saturnyta» no demasiado grande, pero sí suficiente para tentar su codicia.

»Calculo que debió de encontrar entre cincuenta y sesenta metros cúbicos de ese metal…

Kyffer lanzó un agudo silbido.

—¡Vaya! ¡Eso representa, antes de ser sometido a tratamiento, un peso de alrededor de las cuatro mil toneladas! —comentó admirado.

Edith asintió.

—En efecto —convino—. Bien, a la vista de aquel tesoro, Benj dio en pensar cómo podría traerlo a la Tierra subrepticiamente. Antes de tratar el metal, no podía hacerlo, dado que un simple decímetro cúbico habría representado un peso de setenta y siete kilos.

»Era preciso, pues, tratarlo allí mismo. ¿Cómo conseguirlo?

»Tras muchos estudios, consiguió montar una pequeña central de energía, con un transformador de voltaje, a base de los motores de su cohete. Pero esa central consumía demasiado carburante y, lógicamente, alguien entró en sospechas.

»Couzeau era entonces director astronáutico de la estación y responsable de todo cuanto había allí, desde un cigarrillo a un depósito de combustible. Forzó a Benj a confesar la verdad y le obligó a darle una participación en el negocio.

»Él, Couzeau, con Rockent y Aldington, se encargarían de transportar y distribuir el metal ya tratado. A cambio de una participación en los beneficios, suministrarían a Benj cuanto éste precisara.

Edith hizo una pausa para tomarse otra taza de café. Kyffer esperó pacientemente a que la joven reanudase su narración.

—Entonces sucedió que, en uno de sus viajes, Couzeau fue expulsado por jugar y hacer trampas, además. Se quedó en la Tierra, pero Rockent y Aldington continuaron en el negocio, mientras Couzeau se encargaba de la distribución clandestina del metal transportado subrepticiamente.

—Y «El Albatros de Plata» era el centro de distribución —dijo Kyffer.

—Sí —admitió Edith—. En realidad, pertenece a Couzeau… pertenecía, mejor dicho. Benj continuaba la extracción del metal, cuyo transporte se hacía cada vez más lento y dificultoso.

»Los ingresos, por tanto, eran menores. Surgieron dificultades y tanto Rockent y Aldington, por si fuera poco, les llegó la hora de su relevo y volvieron a la Tierra.

»Entonces ocurrió que uno de los días, la central transformadora de la «saturnyta», a causa de una excesiva demanda de energía, explotó. Por suerte para Benj, no se hallaba en aquel momento a bordo del cohete y pudo salvar la vida.

»La explosión, sin embargo, le afectó de una manera particular, ya que el metal quedó impregnado de las radiaciones emitidas por el pequeño motor nuclear, radiaciones de un nuevo género y cuyos efectos no son conocidos por completo.

»Algunos de esos efectos sí son conocidos —siguió Edith—. Naturalmente, Benj tuvo que ser rescatado y aunque consiguió inventar una explicación plausible para el accidente, no pudo continuar ya en la estación. Como medida preventiva fue enviado a la Estación de Aclimatación número dos, en donde, por rutina se le sometió a un examen con el contador Geiger.

»El contador dio indicaciones anormalmente altas, hasta el punto de que los médicos se quedaron asombrados de que mi prometido pudiera sobrevivir. Pero no sólo vivía sino que ni siquiera parecía afectado mortalmente por la contaminación nuclear.

»Sin que los médicos lograran aclarar las causas del fenómeno, y naturalmente, Benj se cuidó muy bien de no decir nada, decidieron mantenerlo en la E.A.M. número dos, hasta que la descontaminación fuese total. Pero el proceso era larguísimo y Benj se desesperaba de seguir allí durante años.

»Entonces, un día, durante un rato de aburrimiento, deseó hallarse a mi lado. Lo sorprendente del caso es que lo consiguió.

Kyffer abrió la boca de par en par.

—¡Teleportación! —exclamó.

Edith asintió,

—Y, además, instantánea y a cualquier punto, no importa la distancia. Parece ser —agregó—, que las radiaciones motivadas por el estallido han hecho de él un mutante de nueva especie, algo así como un superser con poderes increíbles. No sé si algún día lograremos una explicación racional del fenómeno, pero el hecho subsiste y hemos de atenernos a sus efectos.

—Increíble —murmuró el detective.

—Cierto, sin embargo —insistió ella—. Por suerte para mí, no llegó a tocarme, luego le explicaré por qué digo esto. Bien, entonces, Benj, al darse cuenta de su transformación, decidió continuar adelante con el… negocio. Sus apariciones en la Tierra son rápidas y esporádicas, ya que está sometido a una casi continua vigilancia; si estuviera suelto, andaría impregnando de radioactividad a todas las personas que estuvieran en contacto continuo con él.

»A pesar de todo, no podía traer el metal en su estado nativo, debido a su peso, por lo que requirió nuevamente la ayuda de sus compinches. Poco a poco, logró montar otra estación transformadora de la cual se cuidan unos cómplices suyos, a los cuales vigila celosamente.

»De cuando en cuando, Benj se traslada a Saturno y recoge una partida del metal ya tratado y, por lo tanto, muchísimo más ligero, y lo trae a la Tierra, donde Couzeau y los otros se encargaban de su almacenamiento y venta. Pero tanto Rockent como Aldington, me imagino, debieron quejarse de la escasez de sus beneficios y decidieron apropiarse de una parte del metal.

—¿No está segura de que fuera así? —preguntó Kyffer.

—Simplemente, lo deduzco, Tel —contestó Edith.

—Bien, continúe.

—Es otro fenómeno aún inexplicable. En sus desplazamientos, Benj, por su nueva naturaleza, produce y consume una cantidad de energía fabulosa. Basta que roce con el dedo a una persona para que le transmita una descarga mortal.

—¿Y usted, cómo se salvó? —preguntó Kyffer—. Por que si fue la primera persona a la que visitó, lo lógico es que la abrazase...

Edith se mordió los labios. Sus ojos estaban llenos de lágrimas.

—Yo tenía un perrito... debí haber hecho caso de su instinto. El caso es que el animalito nunca simpatizó con Benj y siempre le ladraba agresivamente. El día que vino a verme, quiso saltar sobre él. Benj le apartó de un manotazo... ¡y el perro murió instantáneamente!

Kyffer silbó.

—De modo que así supieron su fuerza mortal —dijo.

—Sí —contestó Edith—. Horrorizada, me negué a tocarle siquiera... pero, a pesar de todo, continuaba queriéndole. Sin embargo, cuando supe la noticia de la muerte de Rockent...

—Trató de encubrirle —dijo Kyffer duramente.

—No. Preferí pensar en un accidente. Luego, cuando vi que Aldington también había muerto...

La voz de la joven se estranguló,

—Lo siento —musitó—. No he obrado bien.

Kyffer se puso en pie y dio dos pasos por la habitación.

—Usted estaba cegada por el amor que sentía hacia él —dijo, al cabo de unos minutos de silencio—. Y sigue estándolo...

—¡No, ya no le amo! ...protestó Edith.

—Pero hará lo que él le ordene esta misma noche —afirmó Kyffer con voz agresiva.

Edith se estremeció.

—Es que... temo que me mate a mí también... —tartamudeó.

—Comprendo —dijo el detective—. Bien, ¿qué es lo que tiene que prepararle?

—Una inyección..., un preparado de «saturnyta» en solución, mediante una determinada fórmula que él mismo me indicó. Benj sostiene que así se acelerará su proceso de descontaminación...

—Vamos, una especie de homeopatía. Similia similibus curantur —sonrió Kyffer—. Un clavo saca otro clavo y así, ¿no?

Edith hizo un gesto afirmativo.

—¿Y es cierto? ¿Da resultado el tratamiento? —preguntó él.

—Benj dice que las indicaciones del contador Geiger bajan más rápidamente que de otra forma —contestó la joven.

—Puede que su fórmula sea útil para otros casos —murmuró Kyffer pensativamente—. A fin de cuentas, la contaminación del doctor Thlago no habrá resultado estéril... salvo por lo que a los dos asesinatos se refiere. ¿Qué papel desempeñaba Seel en este asunto? —inquirió repentinamente.

—Había estado con Benj en la estación clandestina de tratamiento —contestó ella.

—Comprendo —dijo Kyffer—. Pero usted andaba en tratos con unos hampones...

—Yo sólo quería persuadir a Benj de que abandonase este negocio —se excusó ella débilmente.

—Pues no cabe la menor duda de que lo hizo tan mal como pudo. En fin, espero que esto le sirva de experiencia... y confío en que su ayuda sirva tanto para lograr la detención de Thlago como para aminorar la sanción que indudablemente habrá de recaer sobre usted.

—Estoy dispuesta a sufrir mi castigo —dijo Edith con voz apagada.

Kyffer la miró con simpatía.

—Lo dicho: el amor por un tipo que no se merecía, la cegó —afirmó rotundamente—. Bien, si quiere ser consecuente con sus propósitos, tendrá que ayudarme.

—¿Qué he de hacer? —preguntó Edith sin formular ninguna objeción.

—Ahora mismo se lo diré —contestó él—. De modo que, delante de la gente, cada vez que se encontraba con el tahúr del espacio, desempeñaba una comedia.

—Él me lo recomendó...

Kyffer tornó a sonreír.

—Bien, eso no importa ahora, Edith. Vamos a trabajar... y lo haremos sin pérdida de tiempo, porque no nos queda mucho, esta es la verdad.

CAPÍTULO XV

Empezaba a amanecer.

Kyffer contempló satisfecho su obra.

Había trabajado duramente hora tras hora, secundado con toda eficacia por el sargento Innes y algunos especialistas enviados apresuradamente por Matías Jarama,

Kyffer estaba convencido de que su ardid daría resultado. Miró a la joven y sonrió con ternura.

Edith, cansada también, dormía sentada, con la cabeza reclinada sobre el respaldo del diván. Kyffer no quiso despertarla.

Fue a la cocina y preparó más café. Innes había querido quedarse con él, pero se había negado rotundamente.

El sol salió. Kyffer consultó su reloj.

Pronto darían las siete de la mañana. Una hora después, llegaría Thlago.

El joven sorbió pensativamente su café. Era una lástima, se dijo, que unas facultades tan sensacionales se hubiesen aplicado al mal... y de una forma tan vulgar, además,

Edith apareció en la puerta de la cocina.

—Si no le importa...

El detective llenó una taza y se la ofreció a Edith.

—Bébalo y se sentirá mejor —dijo sonriendo.

Edith asintió. Tenía los ojos enrojecidos y no sólo por la falta de sueño.

—Dentro de algún tiempo le parecerá que todo lo sucedido fue una pesadilla —dijo él, pasados unos minutos.

—Desde luego, he debido de estar loca —manifestó ella.

—¿Por qué dice eso, Edith?

—No creo que hubiese sido conveniente mi matrimonio con Benj.

—¿La herencia?

Ella asintió.

—¿Cómo habrían salido nuestros hijos? —murmuró—. Quizá la descontaminación habría sido total, pero él habría quedado afectado de una forma irremediable…

—Olvídelo —aconsejó Kyffer—. No ha pasado, así que no tiene por qué hacer especulaciones sin fundamento.

Edith sonrió.

—Sí, creo que es lo mejor —concordó.

Volvieron a la salita y se sentaron a esperar.

Los minutos fueron pasando lentamente. A pesar de todo, Kyffer casi se sorprendió cuando, una vez que miró el reloj, vio que estaban a punto de dar las ocho.

—Prepárese, Edith —murmuró.

Ella se puso rígida en su asiento. Presentía que se acercaba un momento culminante en su vida.

Las ocho campanadas sonaron en un carillón cercano. Puntualmente, tras el clásico fogonazo, Benj Thlago acudió a su cita.

El mutante sonrió.

—¡Hola, querida...!

Pero, de pronto, al ver a Kyffer, dejó de sonreír.

Su gesto se endureció.

—¿Quién es este hombre? —preguntó.

Kyffer se puso en pie lentamente.

—Permítame que me presente, doctor Thlago —dijo—. Tel Kyffer, detective de tres estrellas, nombrado especialmente para detenerle a usted, como autor de las muertes de Hal Rockent y Lew Aldington.

Hubo un momento de silencio. Los ojos de Thlago centelleaban demoníacamente.

—Edith —dijo con voz lenta—, ¿tú has consentido que este hombre entrara en tu casa?

La joven se irguió.

—Sí, Benj —contestó—. Lo siento, pero es así. Debes pagar tus crímenes...

Thlago emitió una sonora risotada.

—¡Pagar mis crímenes! —exclamó—. ¿Y quién me va a detener? ¿Usted, detective de pacotilla?

Kyffer no se inmutó.

—Sí, yo mismo —contestó fríamente.

Hubo un fruncimiento de cejas en la frente de Thlago.

—Como broma, ya está bien —declaró agriamente—, Kyffer, sepa que le tengo lástima; por eso dejaré que siga con vida. —Volvió los ojos hacia la joven—: Edith, ¿has preparado la inyección?

Ella vaciló. Kyffer dijo:

—No, doctor Thlago.

—Empiezo a perder la paciencia —masculló el criminal—. Edith...

—¡Un momento! —cortó Kyffer con voz vibrante.

Thlago se encaró con él.

—Acabe de una vez, maldita sea —dijo violentamente—. ¿Qué diablos quiere ahora?

—Sólo una cosa, doctor —respondió el joven, sin perder la serenidad—. Mire a sus espaldas y dígame qué es lo que ve.

Thlago le contempló suspicazmente durante unos segundos. Luego, acatando la indicación del detective volvió la cabeza.

—Sí, eso sucede cada vez que vengo a la Tierra —contestó al cabo.

Kyffer asintió.

—En efecto. Cada vez que viene a la Tierra, necesita traspasar un obstáculo sólido, en este caso, el muro del edificio, y su silueta queda marcada, como una tenue mancha de pintura. Imagino que lo misino sucederá en su alojamiento de Marte, pero...

»Bien, doctor Thlago, el caso es que nuestros expertos han analizado detenidamente esas supuestas manchas de pintura y, ¿sabe usted lo que han encontrado?

Edith escuchaba atentamente. Kyffer no le había dicho nada de los análisis realizados por los expertos policiales.

Thlago sonrió irónicamente.

—Si tiene la bondad de informarme...

—Con mucho gusto, doctor —asintió Kyffer—. Usted, merced a esas facultades tan excepcionales que adquirió en los anillos de Saturno, atraviesa los muros sin dificultad. Pero ¿qué pasa entonces?

»Cada vez que realiza una de esas apariciones, viene cargado con algunas planchas de «saturnyta»... apuesto que ahora las trae en forma de forro de su traje, ¿no es cierto?

Thlago emitió una sonrisa de superioridad.

—Muy listo, detective. Acertó, ¿y qué?

—Pues es bien sencillo. Durante esa millonésima de segundo que usted tarda en atravesar la pared, se produce una cierta alteración en los átomos y moléculas de su cuerpo y de la «saturnyta» que

lleva encima. El metal pasa... pero una parte de su cuerpo queda en la pared, bastantes gramos, por ciento.

»Y ese peso que usted pierde de su constitución orgánica, es sustituido por un peso análogo de metal. Usted no se ha preocupado nunca de pesar las planchas de «saturnyta» después de su traída a la Tierra, pero si lo hubiese hecho, habría visto que esos fragmentos de metal, aun dentro de su ligereza, habían perdido una parte considerable de su peso, inapreciable, por supuesto, sin aparatos de medida.

»¡En estos momentos, doctor Thlago, usted está compuesto, a partes iguales, de materia orgánica y de «saturnyta»! —concluyó Kyffer rotundamente.

Thlago abrió la boca estúpidamente, Edith ahogó una exclamación de espanto.

—¡No es cierto! —gritó Thlago, reaccionando.

Kyffer movió la cabeza afirmativamente.

—Por desdicha, es la pura verdad, doctor. El tratamiento a que está sometido en Marte puede ser efectivo en cuanto a radiactividad, pero ello no altera su actual composición —dijo—. Ahora, usted es metal y carne a partes iguales...

—¡ No, no! —aulló Thlago—. Soy un hombre de carne y hueso...

Kyffer avanzó un paso hacia él.

—Entréguese —pidió—. Tal vez, dadas las circunstancias, un jurado sea compasivo y lo hagan ingresar en una institución, donde médicos competentes estudiarán su caso, pero es obvio que su carrera delictiva ha terminado.

—¿De veras lo cree así? —dijo Thlago, con ojos que parecían los de un demente—. Puedo evadirme en el acto adonde yo quiera... ¡y usted no podrá atraparme!

Kyffer intuyó lo que iba a suceder.

Se dispuso a poner en funcionamiento los mecanismos instalados en la sala. A ambos lados de la misma, muy cerca del techo, había sendos terminales de una conducción eléctrica de alto voltaje.

El cuerpo de Thlago empezó a esfumarse. Kyffer, mediante una señal de radio, disparó la descarga.

Dos rayos de luz blanquísima cruzaron el ambiente. Al disiparse el resplandor, Thlago había desaparecido.

—¿Habrá vuelto a Marte? —se preguntó el joven

preocupadamente.

Miró a Edith. Estaba palidísima, a punió de desmayarse.

* * *

Se oyó un agudísimo grito.

La pareja de enamorados paseaba por el parque, con las manos juntas. Al oír el grito, alzaron sus cabezas al unísono.

Una mancha borrosa surcó el espacio. Algo se estrelló con horrible sonido a unos cien metros de la pareja. Unas manchas rojas y grises saltaron despedidas a gran distancia.

Cuando los dos jóvenes, atraídos por el extraño fenómeno, llegaron al lugar donde había caído aquella cosa, sólo vieron lo que parecía ser la silueta de un hombre, abierto de brazos y piernas... dibujada en una espeluznante pasta, cuya composición no se sabía si era de carne y metal pulverizado... o de ambas cosas a la vez.

Horrorizados, espantados, echaron a correr y no pararon hasta dar con el primer policía que encontraron en su camino, a quien informaron del terrible suceso.

* * *

Kyffer dijo:

—La descarga produjo efectos insospechados, volviendo a la «saturnyta» a su primitivo estado. Yo pretendía solamente inmovilizarle, pero calculé mal... y Thlago también calculó mal. Pese a sus portentosas facultades, el nuevo peso de su cuerpo y el del metal de contrabando que llevaba consigo, le arrastró hacia abajo... aparte de que es muy posible que la descarga anulara sus facultades. Los técnicos han calculado que la caída se produjo desde unos treinta y tantos kilómetros de altura.

El Subcoordinador asintió.

—Eso debió de ocurrir —dijo—. Ahora será fácil acabar con el resto de la organización y... ¿qué hacemos con la doctora, Kyffer?

—Bueno, si pensamos en lo que nos ayudó, usted podría conseguir para ella una suspensión condicional de la posible sentencia —contestó el detective.

—Se necesita alguien que salga fiador por ella —dijo Matías

Jarama.

Kyffer sonrió.

—Ya he encontrado a esa persona, señor —contestó.

—¿Usted? —adivinó el Subcoordinador.

—Si no tiene inconveniente...

Jarama sonrió.

—Ninguno, Kyffer —dijo.

—Gracias, señor. Está esperando ahí afuera. Con su permiso, iré a informarla de su decisión.

—Temo que esa chica necesita olvidar —dijo el Subcoordinador —. Y... ¿quién mejor que usted para ayudarla a conseguirlo?

Kyffer salió del despacho.

Edith estaba sentada en la antesala. Se levantó al ver aparecer al detective y le miró ansiosamente.

Kyffer la tomó por una mano.

—Vamos —dijo escuetamente.

—¿Adónde? —preguntó Edith con voz temblorosa.

—El Subcoordinador me ha encargado de su vigilancia. Durante un tiempo, tendrá que portarse bien. Por supuesto, perderá el empleo... pero ya encontrará otro.

—¿Usted... tiene que vigilarme, Tel?

—¿Le molesta, Edith?

Ella esbozó una sonrisa.

—No, creo que no —respondió.

—Soy un hombre normal y corriente —dijo Tel Kyffer, mientras caminaba hacia el ascensor—. Me gusta llegar a casa, ponerme las zapatillas, leer el periódico o contemplar la televisión, mientras aguardo a que mi esposa me prepare la cena...

—¡Oh, no sabía que estuviese casado! —dijo Edith, vivamente sorprendida.

—No lo estoy, pero lo estaré pronto —contestó él sencillamente.

Y cuando miró a Edith, vio en los ojos de la joven que sus palabras acabarían convirtiéndose en realidad.

FIN